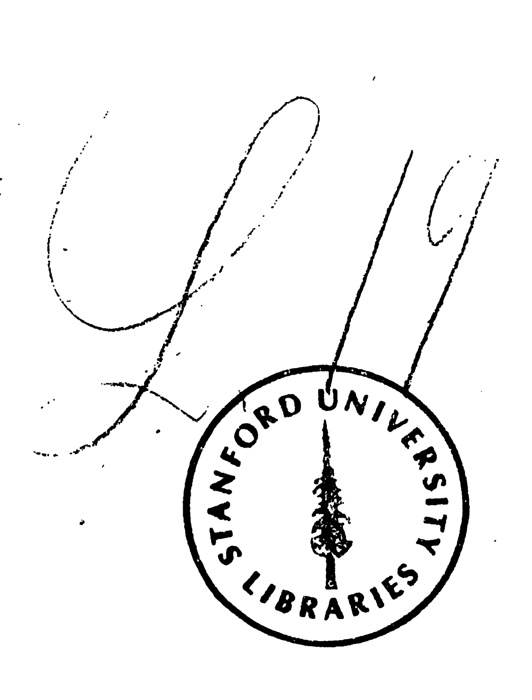
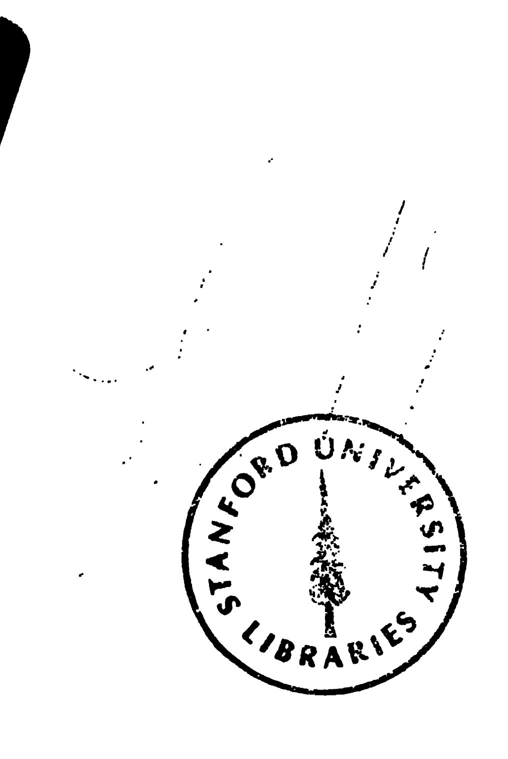




La Hipocresia del Vicio.

L/9


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES





LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el teatro del Príncipe, el dia 15 de Octubre de 1859.

Juan de M. Ibarzabal

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

9

PERSONAS.	ACTORES.
FELISA	D.ª JOSEFA PALMA.
INÉS	D.ª SALVADORA CAIRON.
DOÑA LUPA	D.ª CONCEPCION SAMPELAYO.
DOÑA HIGINIA	D.ª ADELAIDA ZAPATERO.
DOÑA POLICARPA	D.ª BALBINA VALVERDE.
D. MIGUEL	D. MANUEL CATALINA.
D. TORCUATO	D. JOSÉ CALVO.
BENITO	D. MARIANO FERNANDEZ.
D. MAURICIO	D. JUAN CATALINA.
D. GINÉS	D. JERÓNIMO SUÑYÉ.
D. FABIAN	D. TOMÁS INFANTE.
FERMIN	D. JULIAN RODRIGUEZ.

Criados, Jugadores y máscaras de ambos sexos.



ACTO PRIMERO.

J. de Mata

Sala en una casa de campo inmediata á Madrid. En el foro una puerta principal, dejando ver un pasillo que guia á las habitaciones interiores y á la escalera: en los bastidores de la derecha otra puerta: en los de la izquierda un balcon: muebles elegantes, entre ellos una mesa de bufete con cajones, y sobre ella escribanía, papeles y libros desordenados.

ESCENA PRIMERA.

D. MIGUEL, BENITO.

D. MIG. Sí, libro nuevo. Hasta ahora
no he vivido; he vegetado.
Desde que me trajo á España
cuando áun era yo muchacho
mi tio don Claudio Perez—
háyale Dios perdonado,—
¿qué pito he tocado yo
en este mundo? ¡Cinco años
sujeto á la disciplina
de un colegio, y otros tantos
cursando leyes y cánones...
que ya se me han olvidado!
Sin más distraccion que oir
en paseos solitarios
los sempiternos sermones

del tio, que esté en descanso,
y á la noche ir de tertulia
en casa de don Crisanto
Peñaredonda, oidor
de Manila jubilado...

BEN. Tertulia? Eh! Si habia faldas...

D. MIG. Sí, tres viejas y un vicario.

BEN. Gran dicha fué para usted
que se fuese al otro barrio.

D. MIG. Para los dos fué la dicha;
que él era muy buen cristiano
y de fijo está en el cielo
como San Pedro y San Pablo.

BEN. Y usted quedó con su muerte
tan libre como los pájaros.

D. MIG. Y único heredero suyo.
Cuando digo que era santo!...

BEN. Buena renta y saneada?

D. MIG. Regular: seis mil ducados.

BEN. Sopla!

D. MIG. La mitad en fincas,
tres mil duros en metálico,
y lo restante en acciones
del banco de San Fernando.

BEN. Y apenas cumplido el luto,
sacó usted los piés del plato.
Caballos, tilburí, abono
en el Circo... ¡Es mucho garbo
el de usted!... Y luego el viaje
á París, á Roma, al Cairo...

D. MIG. Con lo cual he dado fin
á las acciones del banco,
al cortijo de Lucena,
á la dehesa de Mártos...;
y áun esta quinta...

BEN. Qué! ¿ya
no es usted su propietario?

D. MIG. Sí tal; pero...

BEN. Siete meses
hace que leal la guardo
para mi dueño y padrino,
desde que su blanca mano

me otorgó la bella Inés
dando usted su beneplácito;
usted, mi ángel tutelar,
que de gorron me hizo fámulo,
y de fámulo...

D. MIG. No hablemos
de eso, Benito. Si hice algo
por ti y por esa muchacha,
lo mereciais entrambos,
y espero que no sereis
á mi proteccion ingratos.

BEN. Señor, por usted iria
á Compostela descalzo;
por usted...

D. MIG. Basta. Ya sé
que eres fiel...

BEN. Como un alano.
Y ahora sin que usted me diga
con qué fin se ha trasladado
á esta quinta deliciosa,
yo creo ya adivinarlo.

D. MIG. Sí? dime...

BEN. Usted, por lo visto,
está ya medio arruinado,
y se propone llevar
con los restos del naufragio
una vida filosófica,
frugal, campestre...

D. MIG. Al contrario:
ántes de los cinco lustros
¿quieres que me haga ermitaño?
Aun me queda de la herencia
para vivir con el fausto
de un príncipe algunos meses...

BEN. Ya; y si sigue usted cobrando
los mil duritos anuales
que en buenas letras de cambio
libraba desde Manila
aquel señor don Torcuato...

D. MIG. Oh! sí. Ayer cobré el trimestre
que cumplirá en fin de Marzo;
y eso que bien hará ya

nueve..., no, diez meses largos
que no le escribo. ¡Excelente
sugeto, digno del mármol
y el bronce! Nunca le he visto,
que, á fuer de marino y bravo,
pasaba la vida á bordo
y su delicia era el charco.
Á poco de yo venirme
á Europa murió en Macao
mi pobre padre: él le amaba
como si fuese un hermano,
y sin ligarle conmigo
otro deber ni otros lazos
que su amistad generosa...
Te confieso que la pago
muy mal. Ah! ¿por qué no vuelo
á estrecharle entre mis brazos
en aquel bello país,
lleno para mí de gratos
recuerdos... Pero á mis ojos
creo que se agolpa el llanto.
(Con risa forzada.)
Qué ridícula flaqueza!
Yo llorar!... Por Dios te encargo
que no lo digas á nadie.
Me deshonro, me encanallo
si lo saben mis amigos.

BEN. Bien está, pero no alcanzo...

D. MIG. Yo quiero ser calavera
en grande, atroz, temerario,
execrable, otro don Juan
Tenorio, otro Sardanápalo.
Lágrimas? Las que yo cause.
Ley, razon? Vayan al diablo.
El placer sea mi dios
y mi elemento el escándalo.

BEN. Habla usted de véras?

D. MIG. Sí.

BEN. ¡Usted tan bueno, tan guapo,
hecho un monstruo!...

D. MIG. Quiero serlo...,
ó al menos aparentarlo.

Quiero que se hable de mí,
quiero dejar algun rastro
de mi existencia en el mundo.
Yo, que no soy diputado,
ni general, ni ministro,
ni periodista, ni rábano...,
algo he de ser! Mi dinero
neciamente malgastado
no ha podido darme fama
donde hay tanto millonario
que me eclipsa, y ni hago versos,
ni... En fin, nadie me hace caso.
¡Y yo conozco en Madrid
á mas de cien perdularios
que hacen mas papel que yo
porque tienen mas descaro!
Ya se ve, yo gasto mucho;
pero nunca me emborracho;
no hay en mi hoja de servicios
ni un mal duelo, ni un mal rapto;
hablo bien de todo el mundo,
socorro al necesitado,
no bolseo, no conspiro,
y en fin—lo diré muy bajo—
oigo misa...; ¡y áun me quejo
de ser un adocenado!...
No, no: desde hoy quiero hacer
la vida del hombre malo.

BEN. Bien hecho! ¿Quién contradice
á un hombre tan campechano?
Se peca ya en este mundo
con tan gentil desenfado,
que, llevando la contraria
á los *tartufos* de antaño,
sin la máscara del vicio
no prospera ya un cristiano.

D. MIG. Para ganar la patente
de tronera consumado
tengo un magnífico plan,
y para llevarle á cabo
cuento contigo.

BEN. Usted me honra;

mas...
D. MIG. Tú tienes desparpajo.
BEN. Pche!...
D. MIG. Al fin, has sido estudiante,
y de la tuna.
BEN. Otro rasgo
de hipocresía. En el fondo
yo soy un pobre muchacho.
D. MIG. Y además, como hace un siglo
que ya no andas á mi lado,
no te conocen mis nuevos
amigos.
BEN. Muy bien. Sepamos...
D. MIG. Tambien cuento con Inés.
BEN. Con mi mujer? ¡*Verbum caro*...
D. MIG. No temas. Farsa. ., valor
entendido...
BEN. Sin embargo...
D. MIG. Pero cuándo acabará?
(Acercándose á la puerta del foro.)
Inés!
BEN. Eh?
D. MIG. Se está probando
un vestido.
BEN. Muchas gracias.
D. MIG. Miéntras tú estabas abajo
se le dí...
BEN. ¡Tanto favor...
D. MIG. Áun no sabe que es regalo
mio. Tú me ayudarás,
si en ello pone reparo,
á obligarla á que lo acepte.
BEN. Pero...
D. MIG. Ya está aqui.
BEN. (San Márcos!)
(Preséntase Inés vestida con lujo y elegancia.)

ESCENA II.

D. MIGUEL. BENITO. INÉS.

INES. Vamos, ya me he puesto el traje.

Extravagancia como ella!
Me sienta bien?

D. MIG. Si. Oh qué bella!

INES. Pareceré un personaje.
(Se pasea con afectado señorío.)

BEN. No hay mujer que no se esponje
si cuerda á su orgullo dan.

D. MIG. Divina! ¡Y luego dirán
que el hábito no hace al monje!

INES. (Á Benito, pavoneándose y mostrándole los pendientes, pulseras y demas accesorios.)
Mira: es completo el ajuar.
La causa de este capricho, (Á D. Miguel.)
aunque usted nada me ha dicho,
es fácil de adivinar.
Yo no vengo á ser aquí,
aunque esta gala me entolde,
sino una especie de molde:
no es verdad? un maniquí.
No para esta humilde sierva,
sino para alguna dama
que ese corazon inflama,
tanto lujo se reserva.

D. MIG. Y si fuese para tí?

INES. Qué locura! Vaya, usted
quiere tenderme una red
para burlarse de mí.

D. MIG. No tal.

INES. ¡Á un pobre arrapiezo
tan magnífico equipaje!

D. MIG. Bah! dos mil reales el traje
y ocho mil el aderezo.

BEN. (Cáspita!)

INES. Usted me sumerje
en un mar de confusiones.
¿Quién ha visto tales dones
á la mujer de un conserje?

D. MIG. Te confieso, cara Inés,
que no es gratuito el regalo.

INES. Pues ¿á qué título...

BEN. (Malo!)

D. MIG. No has comprendido?

INES. Yo?
BEN. Pues!
D. MIG. Tengo una dama, en efecto,
que vale mas que el Perú;
pero esa dama... eres tú.
BEN. Eh?
INES. ¡Cómo...
D. MIG. Oye mi proyecto.
Te juro por mi salud...;
no me mires tú tan sesgo; (Á Benito.)
que no corre ningun riesgo (Á Inés.)
tu acrisolada virtud.
INES. Yo dama de usted!
BEN. (Ya empiezo
á entender...)
INES. Y mi marido?
BEN. (Dos mil reales el vestido
y ocho mil el aderezo!)
D. MIG. Dama postiza. Testigos
de esta farsa de teatro
serán sólo tres ó cuatro
de mis íntimos amigos.
Les doy mañana un almuerzo,
y tú serás—qué te cuesta?—
la reina de nuestra fiesta.
Convéncela tú, mastuerzo. (Á Benito.)
BEN. Tratándose de una farsa
que no ha de salir de aquí...
INES. Pero ¿qué dirán de mí
los que entren en la comparsa?
D. MIG. Ninguno te vió jamás;
tu nombre será supuesto,
y puro, cándido, honesto
el amor que fingirás.
INES. Puro amor... Qué desatinos!
¡Y en traje de archiduquesa
me sienta usted á una mesa
de jóvenes libertinos!
D. MIG. Dios, Benito y tu conciencia
te absolverán.
BEN. (Pobre chica!...
diez mil!...)

INES. Y ¿cómo se explica
mi dudosa procedencia?

D. MIG. Los diremos, pues Benito
me apoya en el plan que adapto,
que soy el héroe de un rapto
y tú el cuerpo del delito.
Te diré el cómo y el cuándo...

INES. ¡Y esto lo escucha un marido
sin bramar!... Yo nunca he sido
género de contrabando.

BEN. Pero si todo es quimera!...
Haz cuenta, querida Inés,
que vamos á hacer los tres
una comedia casera.

D. MIG. Jóven de ilustre prosapia,
tú estabas en las Salesas:
vencida de mis promesas
me citas, salto la tapia...

INES. Y dejando el santo rezo
me escapo con un querido...

BEN. (Dos mil reales el vestido
y ocho mil el aderezo!)

D. MIG. Mas la esperanza te guia
de honesta y plácida union.

BEN. La boda es el pabellon
que cubre la mercancía.

INES. ¿Qué boda, qué pabellon,
si ya, en hora que maldigo,
me casé, infame, contigo?

BEN. Te pesa?

INES. Sí, gran...

BEN. Chiton!

D. MIG. No serás mañana Inés,
sino la hermosa Adelaida,
hija de don Pedro Albaida,
rico hacendado de Uclés.

INES. Qué, señor! ¿así se juega
por un capricho—qué horror!—
con el nombre y el honor
de una casa solariega?

D. MIG. No hay tal Uclés ni... Estás loca?
no son nombres verdaderos

los que oyes; son... los primeros
que me han venido á la boca.

INES. Yo robada de un colegio!
Y habrá altar, y un monigote
vestido de sacerdote
que... Locura! sacrilegio!

D. MIG. ¡Yo, un Tenorio, un Lovelace,
resignarme á ser consorte!
Me silbaria la corte
si tal fuese el desenlace.
No: como novio mañana
te hablaré tierno y galan;
mas... los amigos sabrán
que pienso llamarme andana.

INES. ¿Qué dirán luégo...

D. MIG. De Inés
nada dirán.

BEN. Claro está.

D. MIG. Si dicen algo, será
de Adelaida la de Uclés.

INES. Pero Adelaida ó Lorenza,
si yo sus pullas arrostro,
mio, señor, será el rostro
que se cubra de vergüenza.
No, no cuente usted conmigo
para esa indigna tramoya.

D. MIG. No quieres?

BEN. (Aquí fué Troya!)

D. MIG. Desairas así á un amigo?

BEN. Amigo! Oh noble mancebo!

INES. Miéntras conserve la vida
me mostraré agradecida
á tanto como le debo.
Huésped de mi humilde casa,
de tanto favor indigna,
vertió su mano benigna
sobre ella dones sin tasa.
Mi madre enferma del pecho,
postrada...

D. MIG. Pobre señora!
¿Á qué recordar ahora...

INES. Yo velando el triste lecho...

D. MIG. Oh! calla...
INES. Ningun servicio
le podiamos prestar,
y no se quiso mudar
por hacernos beneficio.
D. MIG. Deja esa historia prolija.
BEN. Tambien para mí fué un padre.
INES. Y nunca humilló á la madre,
nunca sonrojó á la hija.
Cuidó á la pobre doliente
con tanto amor como yo,
hasta que Dios la llamó
á su trono omnipotente;
y cuando de tierna edad
sola en el mundo quedé,
escudo de mi honra fué
y amparo de mi orfandad.
BEN. Y te buscó honesto abrigo
en casa de Pedro Ayala...
INES. Sólo hizo una cosa mala.
D. MIG. Yo!
BEN. Cuál?
INES. Casarme contigo.
BEN. Gracias.
INES. Es mi bienhechor.
D. MIG. Basta!...
INES. Pida, si algo vale,
mi sangre, mi hacienda...
D. MIG. Dále!
INES. Todo, ménos el honor.
D. MIG. El honor! Me desespero.
Si todo es vana apariencia,
¿á qué viene esa sentencia
á lo Francisco Primero?
INES. Mas sea apariencia ó no,
mozuelas hay, don Miguel,
que harian ese papel
mil veces mejor que yo.
D. MIG. Darian mi plan al traste
con su aire procaz y chusco;
y, ya ves, lo que yo busco
sobre todo es... el contraste.

Se trata de una virtud
que ama y gime al pié del ara,
y para eso hay en tu cara
más verosimilitud.

INES. ¿Y por qué—yo pierdo el juicio!—
quiere usted que contribuya
á que cubra usted la suya
con la máscara del vicio?
¿Por qué en esos laberintos,
aunque ahora estén en boga,
se mete usted? ¿Por qué ahoga
sus generosos instintos?
Que mientan virtud los malos,
lo explico, aunque lo condeno;
mas fingirse malo el bueno,
gusto es que merece palos.

BEN. Eso es decirle una fresca. (*Ap. á Inés.*)

INES. Quita, que me das horror!

BEN. Perdónela usted, señor;
no sabe lo que se pesca.

D. MIG. Tú te inquietas sin motivo;
tu tenacidad me aflige;
tú no sabes lo que exige
la sociedad en que vivo.

INES. Pero, señor, ¿qué cuidado...

D. MIG. Si á mi socorro no acudes,
voy á quedar, no lo dudes,
comprometido..., afrentado.
Tengo anunciado el festin
que ha de darme tanta fama;
y si le falta la dama,
qué será del paladin?
Será preciso que aguante
la rechifla universal
y seré en la capital
un pária, un judío errante.
Oh! quiero ántes un presidio
que tan funesto reves.
Por Dios, Inés!... ¡Mira, Inés,
que este es caso de suicidio!

BEN. Lo oyes, corazon de hiena?

INES. Jesus!... Quisiera morirme!

D. MIG. Basta! Adios!...
(En voz baja deteniéndole.)
BEN. No, señor. Firme!
D. MIG. Por mí se acabó la escena.
Convence tú á la inhumana,
(En actitud de quien se dispara en la sien una pistola.)
ó un tiro...
BEN. Oiga usted...
D. MIG. No quiero.
Tomo el tílburi, y te espero
en la Fuente Castellana. (Váse por el foro.)

ESCENA II.

INÉS, BENITO.

BEN. Fiel á la nupcial coyunda,
pero terca como un mazo,
no sé si darte un abrazo
ó sacudirte una tunda.
INES. Calle! Con esas á mí?
Ni á la tunda me resigno,
ni de mis brazos es digno
un hombre tan baladí.
BEN. Hablemos con calma, Inés;
ten un poco de chirúmen.
Qué nos piden en resúmen?
Qué hagamos un entremes.
Tambien con horror y grima
saltaria yo hasta el techo,
cara Inés, si á vias de hecho
pasase la pantomima;
mas ¿qué arriesga entre esos mozos
tu virtud impertinente?
¿Te piden más contigente
que lágrimas y sollozos?
Y sin el menor tropiezo
ganas por de pronto un gaje...
INES. Cuál?
BEN. Dos mil reales el traje...
y ocho mil el aderezo!

INES. ¿Y por el vil interés,
infame...
BEN. No-hay tal infamia.
Aparente es la bigamia
y Adelaida no es Inés.
¿Cómo á desairar te atreves
á ese mismo cuyo nombre
tanto has bendecido? ¡Á un hombre
á quien todo se lo debes!
INES. ¡Poner mi cara al servicio
del vicio que le extravía!
BEN. No es vicio, es hipocresía;—
la hipocresía del vicio.
INES. Mas con tal solicitud
¿por qué abochornarme á mí
que nunca hipócrita fuí
de vicio ni de virtud?
BEN. Tu tonillo me dá espanto,
porque voy temiendo ya,
que, á ser de véras, quizá
no lo sentirias tanto.
INES. Claro está.
BEN. ¡Cómo...
INES. Pues nécio,
si, aunque honrada soy mujer,
¿cómo me puede ofender
el amor más que el desprecio?
Se excusa el amante arrullo,
obtenga ó no galardon,
mas nunca espere perdon
el que hiera nuestro orgullo.
No me ha tentado el demonio
todavía...
BEN. Ay, San Vicente!
Ni quiera Dios que te tiente.
Siquiera este matrimonio!
INES. Mas si, tomando otro sesgo,
llego á olvidar mis deberes,
no pecaré por poderes,
sino de mi cuenta y riesgo.
BEN. ¡Por Dios, querida, no trueques
los frenos! Nadie conspira

contra ti; todo es mentira;
nadie te manda que peques.
Todo es un pueril capricho;
mas si no sale con él
se matará don Miguel:
sí, lo hará como lo ha dicho.
Y él aguarda tu respuesta,
y he de llevársela yo,
y si se reduce á un nó,
tal vez me será funesta.
Él tiene malas cosquillas,
y puede...

INES. Eso es lo de ménos.

BEN. ¿Verás con ojos serenos
que me rompa las costillas?

INES. Sí.

BEN. El corazon me desgarras.
Cuando esperaba regalos...

INES. Así harás bondad á palos
como el médico de márras.

BEN. Un nó es tremendo vocablo,
y si he de hablarte de véras,
yo...

INES. (Con despecho y desviándose de Benito.)
Pues díle lo que quieras
y cargue contigo el diablo.

BEN. ¡Oh mujer fina y constante,
digna de laurel eterno!...
(Acercándose.)
Permite á un esposo tierno...
(Al tomar la mano de Inés, esta le da un bofeton.)

INES. Quita allá!

BEN. Jum!
(Tentándose la mejilla y haciendo una contorsion.)
Salvo el guante.

ESCENA IV.

INÉS.

He aquí un marido!... Y así
de los doce son los diez.

Neciamente confiado
en que he de guardarle fe,
no porque Dios me lo manda;
sino por ser él quien es,
al borde del precipicio
me conduce; y si mi pié
resbalase, ¡á mí y á Dios
acusaria despues!
Ah! quien asi compromete
la virtud de una mujer,
olvida que frágil barro
su primer materia fué.
Tentó el diablo á la primera
incitándola á comer
de aquella fruta vedada:
cara le costó, lo sé;
mas como tantas la imitan,
es natural suponer
que, aunque le sentara mal,
sin duda lé supo bien.
Acaso aquella serpiente,
ministro de Lucifer,
algo nos dejó en herencia
de su diabólica piel;
y como el cuarto enemigo
de nuestra alma suele ser
nuestro marido, y él solo
trabaja más que los tres,
ya el demonio con nosotras
no tiene nada que hacer,—
Pero quizá mis escrúpulos
sobrada importancia den
á un chasco de carnaval.
Tengo á mi amo tanta ley!...
Ni es empresa tan difícil
representar mi papel.
He leido las novelas
de Federico Soulié.
(Mirándose á un espejo.)
Mi palmito es muy decente,
si esa luna no es infiel,
y para tener mi talle

gentileza y morbidez
jamás ha necesitado
suplementos al corsé.

D. Tor. (Dentro.)
Le esperaré: soy de casa.
(Inés sobresaltada y apartándose del espejo.)
Ah! ¿Quién entra...
(Aparecen D. Torcuato y Felisa en traje de camino.)
Cielo! ¿Quién...

ESCENA V.

FELISA. D. TORCUATO. INÉS.

Fel. (Qué linda jóven!) (Saludando.)
Señora...
D. Tor. Señora, estoy á los piés...
Ines. (Saludando.)
Señorita... Caballero...
Fel. Dispense usted...
Ines. No hay de qué...
Fel. Que hayamos entrado aquí
con tal franqueza. Á saber
que habia señora en casa,
hubiéramos...
Ines. (Qué diré?)
Fel. Pedido ántes la debida
licencia...
Ines. No es menester.
D. Tor. Ya se ve, tal confianza
nos inspira don Miguel,
que usted no debe extrañar...
(A Felisa aparte.)
Se turba.
Ines. (¡En lindo belen
me he metido!) (Ofreciéndoles sillas.)
Ruego á ustedes...
(Cogida estoy en la red.)
D. Tor. (Aparte con Felisa, sin sentarse ninguno de los dos.
Hum!... Aquí hay maula.
Fel. ¿Quién sabe...
Ines. (¿Principiará el entremes

desde ahora? Dudo... Temo...)

D. TOR. No se maraville usted
de ver nuestra cortedad.
Mucho tiempo há que no sé
de Miguelito... Ignoraba...
Usted será su mujer?

INES. (Ay, Dios mio!...) No, señor.

D. TOR. Pues ¡cómo...

INES. Es decir... Soy...

D. TOR. Eh?

FEL. Pues criada, mucho ménos;
que lo desmiente ese tren.

INES. Ni uno ni otro.

D. TOR. Ni uno ni otro?

INES. Soy... (Diré alguna sandez.)

D. TOR. (Tomando del brazo á Felisa.)
Basta. Vámonos de aquí.
Harto ha dicho ya quien es.

INES. (¡Cómo me aflige y me insulta
con su risita cruel!)
Respete usted mi silencio
y no sea descortés.
Soy quien soy... y basta.

D. TOR. (Á Felisa llevándosela.) Y sobra.
Vamos. Aquí no estás bien.

INES. Ni aquí perderia nada
aunque fuese hija de un rey,
ni á mí me importa un ardite
que se vaya ó que se esté.
(No diria más la dama
de El desden con el desden.)

FEL. Con todo...

D. TOR. No le respondas,
que es rebajarse...

INES. Por qué?
Ya me canso de sufrir
que un *quídam* sea mi juez.

D. TOR. Un *quídam*!...

INES. ¿Con qué derecho,
preguntaré yo tambien,
entra usted en casa ajena
echando fieros? Á ver?

D. Tor. Voto á!... Don Torcuato Ruiz
¿no podrá...
Ines. ¿Qué ha dicho usted!
Don Torcuato? El de Manila?
Justo Dios!...
D. Tor. El mismo.
Ines. ¡Aquel
á quien tan justos elogios
prodigó más de una vez
don Miguelito!... Oh sorpresa! (Á Felisa.)
¿Y usted... Ya caigo... Oh placer!
Del cielo han bajado ustedes
á salvarme á mí y á él.
Fel. Qué oigo!
D. Tor. ¿Cómo...
Fel. ¿Qué peligro...
Ines. El lujo que ustedes ven,
disfraza á la humilde sierva
de un elegante doncel
que tiene—lástima grande!—
la cabeza á componer.
Afortunado galan
de una dama de alta prez,
la ha sacado de un convento
escalando la pared.
D. Tor. Oyes? Bien temia yo...
Ines. Así se lo hace creer,
á sus cándidos amigos;
pero de tanto babel,
no hay más verdad que estos dijes
y este traje de moaré.
Esa imaginaria Elena
que él pondria en un dosel,
soy yo... Él me llama Adelaida,
pero yo me llamo Inés.
D. Tor. Está visto; es un perverso.
Fel. No; un tronera, un cascabel.
Ines. Ni áun eso. Tres años ha
que le conozco, y doy fe
de sus nobles sentimientos,
de su alma pura y sin hiel.
Mas, sin ser hombre vicioso,

hoy lo quiere parecer;
vanidad de nuevo género
que le ha inspirado Luzbel.
Juro á Dios que he rehusado
una vez y dos y cien
de ser su supuesta víctima
la ilustre ridiculez;
mas me ví tan hostigada
y tal su despecho fué,
que temiendo una catástrofe
hube de decir amén.
Ahora que tan dignos huéspedes
me redimen de este Argel,
den ustedes su permiso
á Adelaida la de Uclés
para trocar estas galas
por sus trapitos de ayer.

ESCENA VI.

D. TORCUATO, FELISA.

D. Tor. Lo vés? Al pié de la letra
se cumplió mi vaticinio.
Miguel en la última carta
que tuvo á bien escribirnos
nos noticiaba la muerte
del buen don Claudio su tio,
y que le dejó una renta
de seis mil ducados limpios
de polvo y paja. Temiendo
que, libre, inexperto y rico,
en la corte se perdiese,
le rogué con mucho ahinco
que volviese á Filipinas.
¿Se dignó siquiera el pícaro
de contestarnos? Á mí
no me sorprendió su inicuo
proceder; que, veterano
en el náutico ejercicio,
sé que sin timon ni brújula
zozobra el mejor navío.

Tú, en la venturosa edad
en que vence al raciocinio
el sentimiento, y extraña
á la corrupcion del siglo,
de su corazon juzgaste,
niña, por el tuyo mismo.
Estará ausente, decias;
las cartas se habrán perdido;
ya le creias enfermo,
ya le llorabas cautivo,
y hasta á rezarle difunto
llegaba tu desvarío.
Por fin, cuando ya era tiempo
de condenarle al olvido,
te empeñaste en arrostrar
del hondo mar los peligros
en busca de un ingratuelo
de tanta ternura indigno.
Yo que, avaro del tesoro
que me confió un amigo
temblé por primera vez
al contemplar los abismos
del piélago proceloso,
que iba á atravesar contigo,
en vano luché, Felisa,
contra tu loco designio.
Lloraste, y al ver tus lágrimas
lloró tambien como un niño....;
sí, lloró, pese al demonio,
este intrépido marino
que cuenta veinte abordajes
en su hoja de servicios.
Cedí.—qué habia de hacer?—
aunque pudiera impedirlo;
pero tan hecho me tienes
á obedecer tus caprichos,
que, más bien que tu tutor,
creo que soy tu pupilo.

FEL. No será inútil el viaje,
caro tutor, si venimos
á tiempo de corregir
el juvenil extravío

de Miguel y le salvamos
al borde del precipicio.

D. Tor. ¿Qué caso ha de hacer de mí
un tronera, un libertino
sin ley, sin freno...

Fel. No tal.
Segun lo que Inés ha dicho,
sólo es malo en la apariencia,
y volverá al buen camino
si uno y otro con blandura,
le exhortamos...

D. Tor. No transijo.
No sienta bien en mi rostro
al sol y al aire curtido
la cortesana sonrisa;
ni en los labios de un marino
sonarian bien las pláticas
de un fraile de San Francisco.
Tan luégo como le vea
le diré cuántas son cinco.
Si se enmienda, buen provecho;
serémos buenos amigos:
si mi áspera reprimenda
no le hace mella, desisto:
policía habrá en Madrid
que cumpla con él su oficio.
Sentiré que un mequetrefe
ose mancillar el limpio
nombre que heredó, Felisa;
mas si tal es su destino,
lleve el diablo lo que es suyo;
nada le doy ni le quito.

Fel. Quien le oyera á usted diria
que es un tigre, un basilisco;
pero yo, que tantas pruebas
de amor, tantos beneficios
le debo desde mi infancia,
formo de usted muy distinto
concepto. (Vá anocheciendo por grados.)

D. Tor. Tú eres un ángel
y Miguel es un perdido;
por eso á Miguel detesto

y á ti te amo con delirio.

FEL. Pues yo, señor don Torcuato,
tengo sobrados motivos
para interceder por él.

D. TOR. Cierto, pero...

FEL. Y no permito
que siendo á él como á mí
necesario el patrocinio
de usted, él vea un padrastro
en quien yo veo un padrino.
Mal puede quererme á mí
quien odia lo que yo estimo,
y declaro desde ahora
que, si usted sólo conmigo
ha de ser dulce y amable,
le aborrezco y me emancipo.

D. TOR. Aborrecerme! Tú, ingrata!...
Que no me ames,... lo concibo.
No inspira tiernos afectos
sino, tal vez, á sus hijos,
si Dios se los da, un cristiano
que se acerca á medio siglo;
pero si fuese verdad
lo que tu labio me ha dicho,
Dios te pediria cuenta
de tan infame delito.

FEL. (Qué fervor!... ¿Será posible...)
No tome usted tan al vivo
palabras sin consecuencia.
¡Yo aborrecer á mi digno
tutor! Jamás.

D. TOR. Tú lo acabas
de decir.

FEL. Pues me desdigo.

D. TOR. Pero hablas de emanciparte,
y al pensarlo me horrorizo.
¿Tan pesado es para ti
el yugo de mi cariño?

FEL. No, sino grato en extremo;
(le sondearé) y tan benigno
cual lo fuera el de aquel padre
que desde el celeste empíreo

nos bendice; pero, al fin,
aunque por él no suspiro,
llegará, señor, un dia
en que... (se turba) otros vínculos...

D. Tor. Basta; lo sé. Ni presumas
que por mi nécio egoismo...
de tutor, pudiera yo
imponerte un sacrificio
doloroso. Bien conozco
que sería desatino
emparedar en un claustro
tan soberanos hechizos.
Pero es una pobre gracia
que un padre, ó, lo que es lo mismo,
un tutor, que por ventura
no se ha vaciado en el tipo
de los que finge el teatro,
tierno, vigilante, asíduo,
crie á una linda muchacha
para algun barbilampiño
casquivano, petulante,
afeminado, enfermizo,
que con sus manos lavadas
y á pretexto de que es lindo
se la lleve... Qué! te ries?

Fel. Pero, ¡señor...

D. Tor. (¡El suplicio
de Tántalo...)

Fel. ¿Soy tan loca,
que al primer advenedizo
piense dar mi corazon?
No, no; viva usted tranquilo.
Á fuer de dócil pupila,
nada haré sin el permiso
de mi querido tutor...
En cuanto á Miguel, exijo... (Souriéndose.)
Sí, exijo que no apelemos
á un rigor mal entendido
hasta que infructuosos sean
otros medios más pacíficos.
Ántes que acuda al cauterio,
un médico reflexivo

aplica al miembro doliente
saludables lenitivos;
y por valerme de un símil
propio del noble ejercicio
en que mi amable tutor
tantos lauros ha adquirido,
pegarle fuego es mal modo
de carenar un navío.

D. Tor. Si á ti te dejan hablar...
(Me maneja como á un niño.)

Fel. No digo bien?

D. Tor. Eh! tal vez...
Pero sí, sí, ¡vive Cristo
que sí!

Fel. Lo mejor sería
apelar á un artificio
inocente...

D. Tor. Sí.

Fel. Miguel
no sabe que hemos venido.
Cerrada estaba su casa
de Madrid, y á los vecinos
que las señas nos han dado
de esta quinta no hemos dicho
quiénes somos: era yo
cuando él á la Europa vino
tan niña, que conocerme
no podrá; á usted no le ha visto
jamás, y los dos de incógnito...

ESCENA VII.

D. TORCUATO. FELISA. INÉS.

Ines. (Con traje más modesto.)
Depuesto el lujo postizo,
vengo á recibir las órdenes
de ustedes. El señorito
don Miguel come en la fonda,
y no hay nada prevenido;
pero al instante...

D. Tor. Es inútil;
ya nos ha sacado un suizo

de ese cuidado.

INES. Dos mozos
el equipaje han traido...

FEL. Ah! muy bien.

INES. De donde infiero
que este será el domicilio
de ustedes.

FEL. Si te es posible
hospedarnos con sigilo,
sin que don Miguel lo sepa,
con mucho gusto lo admito.

(Un criado entra con luces y las deja sobre la mesa.)

INES. Fácil es. La casa es grande.
Yo respondo de Fabricio...
(Al criado que se retira.)
Oye. (Le habla aparte.)

FEL. (Á D. Torcuato.)
Parece muy buena
muchacha.

INES. Lo entiendes? Chito!
(Váse el criado.)
Es probable que esta noche
ni mi amo ni mi marido
duerman aquí.

FEL. Eres casada?

INES. Ah! sí, con un fementido
que tambien quiere cubrirse
con la careta del vicio.

D. TOR. Pronto el verdadero rostro
no desmentirá al fingido.

INES. Eso mismo digo yo,
señor. El diablo anda listo...

FEL. Las dos seremos los ángeles
de su guarda, si propicio
oye mis votos el cielo.

INES. En la habitacion del piso
segundo estarán ustedes
libres de todo registro,
porque nunca pone en ella
los piés. Miéntras la habilito,
(Abriendo la puerta de la derecha.)
entren ustedes aqui,

y descansen.

FEL. Yo te sigo.
Veré la casa.

INES Es preciosa,
y el jardin, lo más bonito...

D. TOR. (Tomando una bujía.)
Yo te esperaré. No tardes,
eh? (Me tiene vuelto el juicio.)
(Entra en la habitacion indicada.)

ESCENA VIII.

FELISA. INÉS.

FEL. Será muy gallardo mozo,
porque ya mostraba indicios
de serlo en sus verdes años.

INES. Oh! mucho. Pero ¿qué miro?
(Se acercan al balcon.)
Un carruaje... Y viene aquí...
Será... Sí, bien lo distingo;
es el tílburi de mi amo.
¿Qué diantres le habrá ocurrido...

FEL. Subamos...

INES. Pára..., se apea...;
mas no le sigue Benito.
Pensará volverse luégo
á Madrid.

FEL. Yo no resisto
á la tentacion de verle...

INES. (Indicando la puerta de la derecha.)
Desde allí. Por el pasillo
pueden ustedes huir
si...

FEL. Entiendo. Voy... Ah! un capricho...
(Saca una cajita y la pone sobre la mesa.)
Veamos qué juicio forma
de este retrato... Es el mio.
Él no sabe...

INES. (Desde el foro, á media voz.)
Ya está arriba!
Corra usted!

(Váse Felisa por la puerta de la derecha y la deja entornada.)

ESCENA IX.

D. MIGUEL. INÉS.

D. MIG. Oh Inesita!—Rectifico.
Oh Adelaida de mi vida!
Ya me ha dicho aquel borrico
que á todo estás convenida.
¡Gracias, gracias infinitas...

INES. Yo...

D. MIG. No te vuelvas atrás!—
¿Por qué las galas te quitas...
Pero así me gustas más.
Y de ti sola depende,
si tu voluntad me capto,
que realidad sea el duende
y hecho positivo el rapto.

INES. Ba, ba! no caigo en la red;
que no me crié en las malvas;
y eso bien conoce usted
que es gastar pólvora en salvas.
Ser hipócrita en secreto
¿á qué puede conducir?

D. MIG. Es que... Pero te respeto:
no te quiero seducir.

INES. Oiga! ¿Tan fácil empresa
presume usted que sería...

D. MIG. No; es chanza...

INES. (Ya va á la mesa.)

D. MIG. (Abriendo un cajòn de la mesa.)
Es mera galantería...
Oye, Inés; no nos esperes
por hoy ni á mí ni á Benito.—
Dos, tres...

INES. Dinero?

D. MIG. Qué quieres!
No llevo el que necesito.
En casa de Doña Aldonza
tenemos máscaras hoy,

y es poco lastre una onza...

INES. Ya.

D. MIG. Allí se juega...

INES. Ya estoy.

D. MIG. Con otras diez y un billete,
tendré lo bastante... Oh! sí.

INES. Mire usted dónde se mete;
que cuentan cosas de allí...

D. MIG. (Guardando el dinero y cerrando el cajon.)
Envidias.

INES. Pero el que juega...

D. MIG. Pierde ó gana.

INES. Algun tahur...

D. MIG. Oh! á mí nadie me la pega.
Tengo mundo... Vaya, abur.
(Al retirarse va á coger el baston que dejó sobre la mesa, y ve el retrato.)
Pero esta preciosa caja
¿de dónde ha venido aquí...

INES. No sé...

D. MIG. (Abriendo la caja.)
Veamos qué alhaja...
Supongo que es para mí.

INES. Sin duda...

D. MIG. Un hermoso busto!
Quién será el original?
Mírale.

INES. (Mirando el retrato.)
Es cosa de gusto.

D. MIG. Qué cara tan celestial!
(Besando el retrato.)
Oh mi bien!

INES. (Ya se la apropia!)

D. MIG. Qué misterio es este, Inés?
Que aunque me hechiza la copia,
al fin es copia, y ya ves...

INES. (Fuerza es mentir.) Un lacayo
lo trajo despues de siesta.
Para don Miguel Moncayo,
dijo, y no esperó respuesta.

D. MIG. Por más que paso revista
á las bellas de Madrid,

no sé... Pero esta conquista
deja atras á las del Cid.
Y ¿por qué oculta su nombre,
si su amor tanto declara,
que empeña en manos de un hombre
nada menos que su cara?

INES. No soltarla, si no da
por rescate el corazon.

D. MIG. Por supuesto, oh! claro está.

INES. El lance es de Calderon.

D. MIG. Al principiar mi carrera
¡tan señalada victoria!
No hay como ser calavera
para cubrirse de gloria.
Guardo el retrato. Oh placer!
Á este paso... Eh?

INES. Sí: ya veo...

D. MIG. Las muchachas... Oh! va á ser
esta casa un jubileo.
Adios. Oh delicia! oh *gioja*!—
Pero no por esto, Inés,
renuncio...

INES. Á qué?

D. MIG. Á la tramoya
de Adelaida la de Uclés.

ESCENA X.

INÉS. FELISA. D. TORCUATO.

INES. Vamos, está de remate.

D. TOR. (Saliendo con Felisa.)
Qué tal?

FEL. Es todo un buen mozo.

D. TOR. Un necio, un trasto, un orate.
¡Lástima de calabozo...

FEL. Insigne crueldad sería...
¿No ha visto usted, don Torcuato...

D. TOR. Qué?

FEL. La ciega idolatría
con que besó mi retrato?

D. TOR. Miren qué cosa tan rara!

(Mala bomba le destruya!)
Besaba una linda cara
sin saber que era la tuya.

FEL. Cuando me vea á mí propia...

D. TOR. Dónde?

FEL. En el baile.

D. TOR. Eh?

FEL. Sí tal.
No es de temer que la copia
desaire al original.

D. TOR. Qué locura!

FEL. Inés sabrá
dónde vive doña Aldonza.

INES. Sí, señora.

D. TOR. Hum! allí habrá
tal bulla y tal jerigonza...

FEL. No importa. Irémos las dos
con usted.

D. TOR. Pero...

INES. Ah! bien, bien.
Un coche y dos dominós
se hallan en un santiamen.

FEL. Allí sin ser conocida
le observaré.

INES. Y yo á Benito,
y le juro por mi vida,
si le cojo en el garlito...

FEL. Se hace tarde. Ven, Inés:
abrirémos los baules.

D. TOR. ¿Á qué trasnochar los tres
en busca de esos gandules?

FEL. Otra vez el ceño adusto?
Mire usted que me incomodo.

D. TOR. No; lo que cumpla á tu gusto
se hará, y á Roma por todo;
y me pondré hecho un Narciso
si así lo exiges, muchacha;
y bailaré, si es preciso,
la mazurca y la guaracha.

FEL. (Á Inés.)
Mírale: mejor le sienta
la dulzura que el enfado.

D. TOR. Sí?
FEL. Cuando yo estoy contenta
no quiero buhos al lado.
D. TOR. Si estás contenta...
FEL. Ahí es nada!
Ya tengo un amante...
D. TOR. Sí?
FEL. Que sólo me vió pintada,
y ya está loco por mí.
(Váse con Inés por el foro.)

ESCENA XI.

D. TORCUATO.

Un amante! ¿Y hasta hoy
no le has tenido, cruel?
Un amante! Y yo ¿qué soy?
Nada, un siervo, un perro fiel!!..
Sea. Yo te guardaré
de lobos, pobre cordera,
y tu mano besaré
aunque el corazon me hiera.
(Éntrase en la habitacion de la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con tres puertas: una grande en el foro, con pasillo detrás, que por la derecha del actor conduce á la escalera, y por la izquierda á un salon de baile: otras dos laterales, una enfrente de otra, las cuales se supone tambien que tienen comunicacion con lo interior de la casa. En medio del escenario habrá una gran mesa con tapete verde, donde se juega al monte. El banquero estará sentado dando frente al público: los puntos, unos sentados, otros de pié, y la mayor parte sin disfraz, se aumentan ó disminuyen segun lo disponga el director de escena, para representar con la posible verosimilitud las vicisitudes de un juego de azar en que todo el que quiera puede tomar parte, y que tiene efecto en una casa donde al mismo tiempo se recibe á multitud de máscaras, que entran, salen, bailan, pasean, forman corrillos, etc., etc. Doña Lupa, Doña Higinia y Doña Policarpa no se mueven de su asiento miéntras dura el juego. Á intervalos se oirá la música, que toca dentro vals, rigodon, etc., y entónces quedará más desembarazado el escenario.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUPA, DOÑA HIGINIA, DOÑA POLICARPA, JUGADORES.
Máscaras de ambos sexos. Música dentro.

JUG. 2.º Al as.
JUG. 3.º Medio peso al siete.
D.ª LUP. Reniego de mi fortuna.

D.ª HIG. Al siete.
JUG. 4.° Fuera de doble.
JUG. 5.° (Acercándose á la mesa.)
Oh señora doña Lupa!
D.ª LUP. Servidora.
JUG. 5.° Y Dorotea?
D.ª LUP. Baila con su primo Urrutia.
D.ª HIG. (Aparte con el jugador 4.°)
Mal hecho es llevar las niñas
á donde hay tanta trifulca.
Yo dejo á la mia en casa.
JUG. 4.° Así estará más segura....
(de que mamá la sorprenda
con el galan que la arrulla.)
JUG. 2.° Á la sota.
JUG. 3.° Case usted
á ese dos.
JUG. 6.° Ahora, ó nunca.
Al dos esa onza.
JUG. 1.° (Es el que talla.) Juego.—
Siete en puerta.
D.ª LUP. Nada! Ni una
le acierto.
JUG. 1.° (Pagando.) Casado.
D.ª HIG. Á mí.
JUG. 1.° Cinco duros.
JUG. 4.° Aquí.
D.ª LUP. ¡Es mucha
suerte!
JUG. 1.° Tres, y uno á casar.—
Peseta.
D.ª POL. Á mí.—Es de columnas.
JUG. 1.° Más de un real vale la puerta.
D.ª POL. No lo permito. Qué usura!
Puerta por esa bicoca!
JUG. 1.° Señora, aquí no circulan
pesetas de cincó reales,
porque los picos trabucan...
Todas pasan por de cuatro.
D.ª POL. Las de cinco se rebuscan
para las clases pasivas,
y harta desgracia es ser viuda,

sin obligarme á perder
el quinto de mi pecunia.

JUG. 1.° Oh!... Á ver? ¿Cuántas columnarias
tiene usted?

D.ª POL. Corta es la suma,
porque ya he perdido seis.

JUG. 1.° Cuántas?

D.ª POL. Ocho. Suerte dura!

JUG. 1.° Vengan y las cambiaré
por de cuatro.—Son diez justas.
Para evitar trabacuentas
guardaré las del *plus ultra.*
(Se las mete en el bolsillo.)

D.ª POL. Pero el real que usted me debe...

JUG. 1.° (Dando una peseta.)
Tome usted, y no nos pudra.

D.ª POL. (Groserazo!)

JUG. 1.° Juego.

JUG. 6.° Es dos.

D.ª HIG. Un dos contra una figura?
Es imposible.—Soy sota.
(Echa una moneda sobre la mesa.)

JUG. 6.° Usted no entiende esta cúbica.
Contrajudía es el juego.

D.ª HIG. Sota! No lo dije?

JUG. 6.° (Bruja!)

JUG. 1.° (Pagando.)
Dos.

JUG. 2.° Dos.

JUG. 1.° Uno.

D.ª HIG. Á mí.

D.ª LUP. (Está visto:
ese traidor las enfulla.)

ESCENA II.

DICHOS, D. TORCUATO.

(Sigue el juego.)

D. TOR. (Aquí estaré miéntras bailan;
que en aquel salon se suda
lo temporal y lo eterno.

Qué algarabía! qué bulla!
qué desórden! ¡Y hay cristiano
que prefiere estas angustias
al regalo de la cama!
Hola! Allí, segun se agrupa
la gente, tiran la oreja.
¡Y no habrá cárcel ni multa...
(Se acerca á la mesa.)
(Mujeres tambien! Oh escándalo!
Así á sus hijos educan!
así cuidan de su casa!...)

D.ª LUP. ¡Cuando digo que esta luna
es fatal!... Ya dobló el cinco!
JUG. 2.º (Me encocora esta lechuza.)
JUG. 1.º Entrés.
D.ª LUP. Me retiro en tres.
JUG. 1.º Retírese usted si gusta.—
Juego.
JUG. 3.º Al cuatro.
D.ª POL. Al rey.
JUG. 2.º Al cuatro.
JUG. 4.º Á ese rey.
D. TOR. (Cesó la música.
Allí esperaré á Felisa.)
(Se sienta á un extremo del tablado.)

ESCENA III.

DICHOS. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.

D. MAU. Dominó verde? Alta? Rubia?
D. MIG. Sí. Qué donaire! qué brio!
Es divina criatura.
D. TOR. (Es Miguel, y aquí se acerca.
Finjo dormir.)
D. MAU. Y esa chusca
¿no te ha mostrado la cara?
D. MIG. No, que á conservarla oculta
graves respetos la obligan.
D. GIN. Ella... respetos!
D. MIG. Lo dudas?
D.ª LUP. El cinco, y me retiré!

Maldicion!...

D. GIN. ¡Cómo se burla
de ti!

D. MIG. ¡Burlarse, y me cita
para mañana á la una...

D. MAU. Pobre Miguel! Dios te libre
de semejante garduña.

D. MIG. Qué! ¿tú sabes...

D. MAU. Pues ¡si es más
conocida que la ruda!
Al revolver de esta calle
vendia horchata de chufas
ántes de ser propiedad
de un propietario de Murcia,
pájaro á quien ya supongo
que habrá dejado sin pluma.

D. MIG. Qué dices!

D. GIN. Brava conquista!

D. MAU. Con esta página ilustras
tu biografía galante.

D. TOR. (Títeres!)

D. MIG. Nada de pullas!
Lauros sobran á mi frente,
si uno entre tantos se frustra.
Citad vosotros alguno
como mi escena nocturna
de las Salesas. Mañana
entre rosales y murtas
brindaréis Champaña y Rhin
por mi consorte... presunta,
y de envidia al contemplarla
os vais á morder las uñas.
(Siguen hablando aparte.)

D. TOR. (¡El fatuo... Hay enfermedades
que sólo á palos se curan.)
(Llegan por el foro Felisa é Inés con dominós y caretas.)

ESCENA IV.

DICHOS. FELISA. INÉS.

FEL. Le hemos perdido de vista.
INES. Como tanta gente cruza
en confuso remolino,
no es mucho que se escabulla.
FEL. Don Torcuato!
D. TOR. (Levantándose y acercándose á Felisa.)
Allí le tienes,
Felisa.
FEL. Á quién?
D. TOR. Al que buscas.
FEL. Ah!... No le buscaba á él sólo.
D. TOR. Pues á quién?
FEL. Buena pregunta!
Á mi querido tutor.
D. TOR. Gracias. (El alma me punzan
los inocentes halagos
que su labio me tributa.)
Llegas á tiempo. Miguel
está de vena y de chunga.
FEL. Sí?
D. TOR. Refiere á los amigos
sus galantes aventuras.
FEL. Muy animados están.
D. TOR. Mucho! Acércate y escucha:
oirás divinidades.
INES. (Acercándose á D. Miguel y sus amigos, que continúan en alegre coloquio.)
Formemos tambien tertulia
los tres, y no advertirán...
D. TOR. No son hombres que se turban
por testigo más ó ménos.
(Prosigue la conversacion en cada grupo, con independencia del otro.)
D. MAU. Pronto hablarán de su fuga
los periódicos.
D. MIG. ¿Qué importa,
miéntras nadie me denuncia

como raptor?
FEL. (Á Inés.) De ti se habla.
D. MIG. Cuando empiece á hacerse pública
mi anécdota, ya veremos
lo que he de hacer con la alumna
consabida.
INES. Á ver? Oigamos.
D. MIG. La esconderé en una gruta,
ó bien, segundo Teseo
de esta Ariadna sin ventura,
la dejaré abandonada
en alguna isla inculta.
D. TOR. Qué tal? El niño se explica.
FEL. Su imaginacion fecunda
ha forjado una novela,
y es fuerza que la conduzca
á un desenlace ruidoso,
sin lo cual sería insulsa.
INES. Lo malo es que la heroína
resueltamente rehusa
ser la segunda edicion
de aquella Ariadna difunta.
D. MIG. La policía? Bobada!
Á hombres como yo no asustan
agentes ni comisarios:
se les casca, ó se les unta
la mano... Ni ese episodio
es lo que más preocupa
mi imaginacion. Los raptos
son ya pecata minuta
para mí. No es maravilla
que un elegante seduzca
á una muchacha inexperta.
En mayor timbre se funda
mi orgullo.
D. MAU. Será posible!...
D. MIG. Damas hay de ilustre cuna
que me requieren de amores.
D. MAU. Serán feas ó vetustas.
D. MIG. No; hermosas... Oh! celestiales.
(Mostrándoles el retrato del acto primero.)
Mirad esta miniatura.

FEL. Ea, ya estoy en campaña!
Oigamos cómo me juzgan.
D. MAU. Bello busto!
D. GIN. Lindo rostro!...
D. MIG. Oh!
D. GIN. Si el pintor no la adula.
D. TOR. Eso no!
FEL. De véras?
D. TOR. No.
D. MIG. Ántes direis que la injuria
cuando viva contempleis
tan peregrina hermosura.
D. TOR. Dice bien..., en profecía;
pero miente como un Júdas,
porque no te ha visto...
D. MAU. Y ¿cuándo
cayó en tu red esa trucha?
D. TOR. Qué lenguage! Vive Dios!...
FEL. Quieto!
D. MIG. Alto ahí! Tú la insultas...
FEL. Vé usted? Ya vuelve por mí.
D. MIG. Ya la poseo en pintura,
y en más de un tierno coloquio
mayor tesoro me anuncia.
D. TOR. Pícaro! aleve!...
FEL. Silencio!
D. TOR. Su lengua vil te calumnia,
¡y he de sufrir...
D. GIN. Oiga! ¿Aspira
al casto yugo?
D. MIG. Y si alguna
pudiera, Ginés querido,
arrastrarme á esa locura...
D. TOR. Qué moral!
D. MIG. Por ella sola
daria un nuevo recluta
á la mansa cofradía
de que hacemos tanta burla.
FEL. Al fin, me hace más honor
del que esperaba.
D. MIG. Mi industria
triunfará de ese peligro.

D. MAU. Pero ¿es rica?
D. MIG. Oh! más que Fúcar.
D. TOR. ¿Qué sabe él...
D. MAU. Pues siendo así,
mal harás si no apechugas
con el santo matrimonio.
D. MIG. Y mi libertad?
D. MAU. Tontuna!
Ya ningun *leon* la pierde
por la bendicion del cura.
Para ellas, no para todas,
rige sólo esa liturgia
de arras, promesas y velos.
Nosotros tenemos bula
para adoptar en España
las instituciones turcas.
La crónica escandalosa
te dirá, si la consultas,
que en gran parte son casados
los calaveras de punta.
Hay hombre á quien su consorte
brinda con dulce ternura
el legítimo usufruto
de todas las gracias juntas;
y aunque al riesgo se aventure
de represalias mayúsculas,
la venal coquetería
de otra mujer le sojuzga
que no merece el honor
de descalzar á la suya.
D. GIN. Y faisan todos los dias
es dar tormento á la gula:
bueno es variar, aunque sea
con chiribías y alubias.
D. MIG. No consiste el atractivo
de una querida en ser rucia
ó rodada, flaca ó gorda,
valenciana ó andaluza,
sino en ser *otra*.
FEL. Ve usted?
Ellos son los que le impulsan...
D. TOR. No lo necesita el mozo.

INES. Si, señor; ellos abusan
de su inexperiencia.

D. MIG. En fin,
venza yo ó caiga en la lucha,
digna de mí y de vosotros
será mi ulterior conducta.

D. TOR. Lo creo.

D. MIG. La noche es larga
y el baile me descoyunta.
Echemos un par de albures.

D. MAU. Bien.

D. GIN. Sí.

(Se acercan á la mesa de juego y toman parte en él.)

D. TOR. Y ahora ¿quién le àzuza?

FEL. Tambien jugador!

D. TOR. ¡Si digo
que es una alhaja!

D. MIG. ¿Se apunta
á la cargada?

JUG. 1.° Sí.

D. MIG. (Echando una moneda sobre la mesa.)
Al seis.

FEL. Vámonos; que me repugnan
los garitos.
(Á D. Torcuato, que la seguia.)
No; usted no.
Véle usted por él.

D. TOR. ¡Me gusta
la comision! Qué he de hacer?
Tú no querrás que descubra
quien soy.

FEL. Ah! no; no conviene,
como no sea en la última
extremidad.

D. TOR. Está bien.
Me meteré entre esa chusma
y obraré como convenga;
que aunque ya está mi falúa
en puerto de salvamento,
algo tambien de su aguja
de marear se me alcanza.

FEL. En la sala de la estufa
espero.

D. TOR. (Incorporándose á los jugadores.)
(Dios me lo tome
en descargo de mis culpas.)

FEL. (Á Inés.)
Ven...
(Aparece por uno de los costados Benito; vestido de elegante ridículo.)

INES. Cielos!

FEL. De qué te espantas?

ESCENA V.

DICHOS, BENITO.

INES. Aquella caricatura
es Benito.

BEN. (¡Tiene mi amo
las ideas más absurdas!...
Pero habré de complacerle,
aunque me cueste una zurra
la gracia.)

INES. (Aparte con Felisa.)
Sí, sí, es preciso
que yo interpele y confunda
á ese pillo.

FEL. Allí te espero.
No tardes. (Váse por el foro.)

BEN. (Dirigiéndose á la mesa.)
Vamos...

INES. (Cogiendo á Benito de la mano, llevándosele á un extremo del teatro y disfrazando la voz.)
Escucha.

ESCENA VI.

INÉS. DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO. Jugadores. Máscaras.

BEN. Mascarita, qué me quieres?

INES. Decirte que sé quién eres.
BEN. No es milagro.
¿Soy yo acaso algun mastuerzo
recien venido del Bierzo
ó de Almagro?
Viendo mi cara y mi porte
cualquiera sabe en la corte
quien soy yo.
INES. Cualquiera? ¿De qué manera,
si tú eres...
BEN. Quién?
INES. Un cualquiera.
BEN. (Me caló.)
Al ménos, no es esta cara
figura de una mampara,
sino mia.
INES. Algo tuyo has de llevar.
¿Quién le ha prestado ese ajuar
al usía?
BEN. (*Mútis*, que esta me conoce.)
Adios. Ya han dado las doce...
INES. (Sujetándole.)
Quieto, quieto!
Ó sé franco, ó te confundo,
y ha de saber todo el mundo
tu secreto.
BEN. Bien. (Qué diablo de mujer!)
Escucha: vas á saber
mi flaqueza.
Confieso que la fortuna
no me ha dado ilustre cuna
ni riqueza.
No obstante, nobles y ricos,
sé yo de muchos borricos...,
oh despecho!...,
que felices en amores
pasan la vida entre flores.
INES. Es un hecho.
BEN. Y todo lo hace la ropa.
Hay hombre que anda á la sopa—
suerte fea!—
y si le refunde un sastre,

con el duque de Lancastre
se tutea.
Ahora bien, sin ser hidalgo,
yo sé, niña, lo que valgo.

INES. Qué modesto!

BEN. Y vengo á hacer cabotaje
esta noche con el traje
que me he puesto.

INES. Oiga!

BEN. Y llegas muy á punto,
si eres tal como barrunto,
mascarita,
pues durante esta jarana
pienso hácerte mi sultana
favorita.

INES. (Ah fementido, traidor!)
Mil gracias: de tanto honor
no soy digna;
ni á pescar tan triste barbo
una mujer de mi garbo
se resigna.

BEN. Y eres tú carne, ó vigilia?
De ti ni de tu familia
¿qué se yo?
¿No puede á un diablo mestizo
encubrir ese postizo
dominó?
Tú ves, máscara, mi juego,
yo el tuyo no, y desde luego
digo amén.
Si uno de los dos engaña
al otro en esta maraña,
quién á quién?

INES. Truhan de grueso calibre!...

BEN. Niña!...

INES. Acaso eres tú libre?

BEN. Libre soy.

INES. Mientes!

BEN. Dices bien, si, acabo
de mentir; pues soy tu esclavo
desde hoy.

INES. ¿Así cumples, gran demonio,

con la ley del matrimonio?

BEN. Yo... Si... Pues...

INES. No mereces tú la esposa
que tienes.

BEN. Pche!... Poca cosa.
(Pobre Inés!)

INES. Algun dia, lo sé yo,
bien linda te pareció
la doncella.

BEN. Ya propia, aquí y en Palermo
huele á puchero de enfermo
la más bella.

INES. (¡Que oiga yo tales baldones
sin darle de bofetones!)
Belcebú!...
Si así huelen las mujeres,
marido ruin, ¿á qué quieres
oler tú?

BEN. El hombre nunca se gasta:
somos de distinta pasta.

INES. ¡Mal veneno...
Pues, qué! lechugino charro,
¿no somos todos del barro
damasceno?

BEN. Segun te muestras airada,
tú debes de ser casada...

INES. Por mi mal.

BEN. Y tu marido es un bruto...

INES. Sí.

BEN. Que infringe el estatuto
conyugal.
Usa pues de represalias
y pon á su nombre el *álias*
consabido.

INES. Sí?

BEN. Arreglémonos los dos.

INES. ¡Eso dice, santo Dios,
un marido!
¡Miráos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un dia tu consorte,

como otras ciento en la corte,
qué dirás?

BEN. Ó la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.

INES. Eso es obrar como un bey.

BEN. Pche!...

INES. Y esa ley...

BEN. Es la ley
del embudo.

INES. (Villano!)

BEN. (Mi señorito
no dirá que no le imito.)

INES. (Merecia...)

BEN. Mas de ese riesgo se salva
mi mujer.

INES. Sí?

BEN. Es una malva.

INES. Sí?

BEN. Á fé mia.
Es incapaz de un desliz,
y me adora la infeliz
con delirio.

INES. Sí?

BEN. Con apacible calma
sufrirá por mí la palma
del martirio.

INES. (No puedo más.)
(Pellizcándole.) Insolente!

BEN. Ay!

INES. Falso! judío!

BEN. ¡Tente,
sierpecilla!

INES. Me conoces?

BEN. Sí, en lo suave.
Eres...

INES. Bribon!

BEN. Ya se sabe;
mi costilla!

INES. Niega ahora tus bastardos
instintos, tus picos pardos,
tus maldades.

BEN. Todo ha sido—tén prudencia!—
hipocresía, apariencia...
No te enfades.
Te conocí desde luégo,
y haciendo el lindo don Diego...
INES. Mientes, mientes!
BEN. Lo juro.
INES. Infiel!
BEN. Por Dios, calla!
INES. Pero ¡uñas tengo, canalla,
tengo dientes!
BEN. El amo está allí... Qué intentas?
INES. Bien: ya ajustarémos cuentas.
Ese fraque...
BEN. Tramoyas de don Miguel.
Así me disfraza aquel
badulaque.
INES. Para qué?
BEN. Ya lo sabrás.
(Desprendiéndose del brazo de Inés.)
Ahora no puedo...
INES. Te vas?
BEN. Es forzoso.
Ya nos veremos despues,
y no dudes, cara Inés,
que tu esposo...
Mas ¡tú en un baile de máscaras!
Con qué objeto? Con quién? Cáscaras!
Me horripilo.
INES. Sigo tus pasos, aleve.
BEN. La disculpa es llana y breve.
INES. Cocodrilo!
BEN. Pero es proceder ambiguo
el tuyo; y si yo averiguo...
INES. Me amenazas?
BEN. No, pero...
INES. ¡Necia de mí,
necia!... ¿Por qué no te dí
calabazas?
Pero siga el regocijo;
que despues... Solo te exijo,
por ahora,

que á don Miguel no le digas
que me has visto, ni me sigas,
ni...

BEN. (*Con ridícula gravedad.*)
Señora!...

INES. Silencio y no hagas el bú.
Tienen más honra que tú
mis sandalias;
mas si mueves alboroto...

BEN. Qué?

INES. No echaré en saco roto
lo del *álias*. (*Váse por el foro.*)

ESCENA VII.

DICHOS, menos INÉS.

BEN. No puedo seguirla ahora,
que el amo me espera allí.

D.ª LUP. Maldito siete de bastos!
Hay suerte mas infeliz?

JUG. 1.º (*Pagando.*)
Cuatro duros.

D. MAU. Cuatro.

JUG. 1.º Tres.

JUG. 4.º Mios.

JUG. 1.º Medio peso.

D.ª HIG. Á mí.

JUG. 1.º Ahora, otro talla. (*Cuenta el dinero.*)

D.ª LUP. (*Al que tenga inmediato.*)
Me alegro;
que nunca da uno en el quid
con ese hombre.

JUG. 1.º Cuatro, seis,
ocho...

D. MIG. Yo tallo.
(*Llamando.*) Fermin!

D.ª LUP. Siempre echa la descargada.

D.ª HIG. Vaya, señor de Solís;
no ha hecho usted mal su agostillo

D.ª LUP. (Que no fuera yo alguacil!)

JUG. 1.º Apénas me he desquitado

de lo que anoche perdí.
(Levantándose y saludando.)
Señoras mias... Señores...
(Cuánto primo hay en Madrid!) (Váse.)

JUG. 5.° Tres onzas se me ha llevado!

JUG. 6.° Yo dejo sobre el tapiz
un empréstito de cinco:
dos pagas, Marzo y Abril.

JUG. 5.° Vámonos, porque si nó,
me voy á dejar aquí
la cera de los oidos. (Váse.)

JUG. 6.° (Me va á arañar Beatriz.
Maldicion!...) Abur, señores. (Váse.)

D. MIG. No viene ese galopin?

ESCENA VIII.

DOÑA LUPA. DOÑA HIGINIA. DOÑA POLICARPA. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO. FERMIN. Jugadores.

FERM. Quién llama?

D. MIG. Barajas, que estas
harto han dado ya de sí.

D.ª POL. (Á fé que el nuevo banquero
es un mozo muy gentil.)
(Además de los jugadores 1.°, 5.° y 6.°, se levantan algunos de los que no han hablado. D. Miguel ocupa el lugar del banquero, y D. Torcuato se apresura á sentarse á su lado por la derecha.)

D. GIN. (Rápidamente y al oido á Fermin.)
De aquellas...

FERM. Ya estoy en autos. (Váse.)

D. MAU. (Á D. Torcuato.)
Quisiera sentarme ahí,
si á usted le es indiferente...

D. TOR. Ya me he sentado, y ni al Cid
en persona cedo yo
mi silla.

D. MAU. (El hombre es cerril.)
Soy punto fuerte, y usted...

D. TOR. (Hum! ya te veo venir.)

Señor mio, cada cual
juega sus maravedís
cuando quiere y como quiere.
(Siéntase D. Mauricio á la derecha de D. Torcuato y D. Ginés ocupa en la misma direccion la silla inmediata.)

BEN. (Sentándose á la izquierda de D. Miguel.)
(Hay capricho más pueril?
Pero, pues así lo quiere,
seamos su comodin.)

FERM. (Volviendo.)
Las barajas.
(Pone un paquete de ellas sobre la mesa.)

D. MIG. (Dándole un doblon.)
Casa y luces.
Lo que sobra para ti.

ESCENA IX.

DICHOS, ménos FERMIN.

D. MIG. (Desenvolviendo las barajas.)
¡Ea, á desbancarme pronto,
señores!

BEN. Salga á lucir
el fondo, y veré...

D. MIG. Se entiende.
(Sacando dinero.)
Ahí va. ¿Son grano de anís
seis onzas?

BEN. Valiente empeño!
¡gran batalla de Austerlitz
vamos á ganar! seis onzas!

D. MIG. Si usted quiere poner mil,
es muy dueño de tallar.

D. MAU. Vendrá usted del Potosí
tal vez...

BEN. No; de Andalucía.
Soy natural de Guadix.

D. MIG. Ya se infiere...

BEN. En fin, no quiero

la ruina de este país.
Talle usted sus seis oncejas;
pero le debo advertir
que como fiesta de pólvora
se irán, si me hace tilin
una sota.

D. MIG. Caballero!...
D.ª LUP. Déjele usté... Eso es changüí.
D. MIG. Otras hay, si estas se pierden.—
Quién corta?
BEN. Yo.
(D. Miguel le acerca la baraja, corta Benito y aquel echa el albur.)
D.ª HIG. (Qué incivil!)
JUG. 2.º Al tres.
D.ª LUP. Á ese cinco.
D. MAU. Al cinco.
D.ª HIG. Al tres.
D. MIG. Juego.
BEN. (Poniendo una moneda.)
Medio luis
de plata al cinco.
D. MIG. ¿Es todo ese,
compadre, el tren de batir
con que usted me amenazó?
Yo esperaba un celemin
de onzas...
BEN. Un poco de flema.
Yo no me caliento así
como quiera.
D. MIG. Buen apunte!
BEN. Protesto del retintin.
D. MIG. (Con chunga.)
Va dentro, ó fuera?
BEN. Mitad
y mitad.
D. MIG. Ya; *mich* y *mich*.
BEN. Y fuera de doble: estamos?
D.ª LUP. (Á un jugador:)
Hum, qué cócora!
D.ª POL. (Á otro.) Qué ruin!
D. MIG. (Echando el gallo.)

Juego.—Dos y rey.

D.ª POL. Al dos.

JUG. 4.º Al rey.

D. GIN. Al dos.

BEN. (Deteniendo la mano de D. Miguel cuando va á volver la baraja.)

Alto ahí!
el medio luis vá de *pároli*
contra el dos.

D. MIG. Sí? ¡Qué feliz
ocurrencia!

BEN. Como mia.

D. TOR. (No hay fiesta sin arlequin.)

D. MIG. Compadre, no bastará
el tratado de Baíls
para ajustar esa cuenta.

BEN. El que talla ha de servir
á todo el mundo.

D. MIG. El que talla
sería cobarde y vil
si aguantase las sandeces
de cualquier chisgaravis.

BEN. (Incorporándose.)
¿Qué se entiende...

D. MAU. Eh! para broma
ya basta.

BEN. (Alzando la voz.)
No hay broma ni...
quiero jugar á mi gusto;
y no doblo mi cerviz
á nadie, y...

D.ª POL. Jesus!

D. MAU. Silencio!

D.ª LUP. ¡Armar la de San Quintin
por nada!...
(Murmullo general.)

BEN. Yo...

D. TOR. (¿Qué garito
no suele acabar así?)

D. MIG. (Imponiendo silencio con sus ademanes y levantándose.)
Hablemos claro. Si hay hambre

y apela usted á ese ardid
para *armarse*, ahí va un doblon,
y lárguese usted de aquí.

Ben. Usted me insulta!

D. Mig. (Cogiendo un candelero.)
¿Le apago
esta vela en la nariz?

Ben. (Cogiendo otro candelero.)
Primero...

(Un jugador sujeta el brazo de Benito y D. Mauricio el de D. Miguel. Todos se levantan, ménos D. Torcuato. Algunas máscaras que llegan de distintos puntos aumentan el grupo y la confusion. Las mujeres chillan.)

D.ª Hig. Ay!

D.ª Pol. Por Dios!

Jugs. Señores!

Otros. Juicio!

D. Gin. Prudencia!

D.ª Lup. (Gritando.) Fermin!

D. Mau. ¡Chito, que comprometemos
á doña Aldonza!

D. Gin. La lid
se aplace...

D.ª Lup. Mátense ustedes
donde no suene el violin;
que esto es una incongruencia.

D. Mig. Conformes. Mañana...

Ben. Sí.

D. Mig. (Dándole una tarjeta.)
Mi nombre y mi casa.

Ben. Entiendo.

D. Mig. Extramuros...

Ben. Ya.

D. Mig. Hay jardin...

Ben. Mejor. Cuando el alba asome
entre perlas y rubís,
nuestros plenipotenciarios
arreglarán el festin.

D. Mig. Su gracia de usted?

Ben. (¿Qué nombre
fingiré yo?) En el dantzik

me he dejado las tarjetas,
que son de hermoso barniz...
(Ah! el de Manila... No temo
que me venga á desmentir.)
Mas lo diré verbalmente.
Me llamo Torcuato Ruiz.

D. Tor. (Qué oigo! ¡Vive Dios... ¡Un quidam
de tan grotesco perfil
llevar mi nombre!...)

Ben. (Retirando su puesta.)
Ahora bien,
retiro mi medio luis.

D. Tor. (Yo le diré... Mas guardemos
el incógnito hasta el fin.)

Ben. Lo dicho.

D. Mig. Lo dicho.

Ben. Venga
esa mano varonil.
(Se dan las manos.)

D. Mig. Hasta mañana.

Ben. Mañana
dejará usted de existir.

D. Mig. Ba!
(Se sienta, y asimismo los jugadores que se habian levantado. Las máscaras vuelven á su anterior movimiento.)

Ben. (Yéndose hácia el foro.)
(No he salido del paso
tan mal como presumí.
Busquemos ahora á Inés,
que tengo el alma en un tris.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos BENITO.

D. Mau. Hola! pues parece jaque
el hidalgo guadijeño.

D. Mig. No es para quitarme el sueño
un hombre de aquel empaque.

D. Gin. Será en todo fanfarron
como lo es en el dinero.

D. Mig. Y si no, mañana espero
darle una buena leccion.

D.ª Lup. Basta!...

D. Mau. }
D. Gin. } Al juego!

D. Mig. Bien decís.
(Echando cartas.)
Juego.

D.ª Hig. Ha sido mucha audacia...

D. Mig. No tal. Á mí me ha hecho gracia
el hombre del medio luis.—
Rey.—Un duro.

Jug. 4.º (Al de su lado.) Ves? No falla.—
Á mí.

D. Mau. Como siempre dés
la descargada...

D. Mig. Ahora el tres,
y redondeo la talla.
Juego.

D.ª Lup. (Me da cada brinco
el corazon...)

Jug. 3.º Mucho tarda!

D.ª Lup. Un cinco, ángel de la guarda!

D. Mig. El tres.

D.ª Lup. Ya; si iba yo al cinco!

D. Mig. Medio.

Jug. 2.º. Á mí.

D. Mig. Peseta.

D.ª Hig. Mia.

D. Mig. (Recogiendo las cartas y barajando.)
Empezamos con buen pié.
Quién corta?

D. Gin. Yo cortaré.

Jug. 4.º (Meditando.)
Rey contra dos... La judía!

D. Mig. Corta.

D. Gin. (Pulsando la baraja.)
(Si aparece un as,
no estará el otro distante.)

D. Tor. (Mucho tecleas, tunante!)

D.ª Lup. Otro cinco ó Barrabas!

Jug. 4.º Á la sota.

JUG. 2.° Al cinco.
D. MIG. Juego.
D.ª POL. Mi peseta... No; iré al gallo.
D. MIG. Norabuena.—As y caballo.
(Doña Policarpa apunta al as.)
D. GIN. Al as esa onza.
D. MIG. Fuego!
D. GIN. Es mi carta favorita.
D. MAU. El caballo no es mi fuerte.
(Poniendo un billete.)
Juego al as: sigo tu suerte.
Tronemos en comandita.
D. MIG. (Abriendo el billete.)
Mil?
D. MAU. Quinientos nada más.
D. MIG. Pues los pierdes de seguro.
D.ª LUP. Al caballo medio duro.
D. MIG. (En actitud de levantar la baraja. D. Torcuato le detiene.)
Juego.
D. TOR. Alto!—Copado al as.
(Saca una cartera y la coloca junto al naipe.)
D. MAU. Buena salida de tono!
D. MIG. Copado?
D. TOR. Pues ¡no que no!
D. GIN. (En voz baja á D. Mauricio.)
Esto es más griego que yo.
D. MIG. Pues si usted copa, yo abono.
(Pone en la mesa el resto de su dinero, que consiste en un billete de banco y algunas onzas.)
(Á quedar mondo y lirondo
quizá el orgullo me obliga.)
D. TOR. Permita usted que le diga
que no me basta ese fondo.
D. MIG. Pues cuánto hay en la cartera?
D. TOR Tres mil duros.
(Abre la cartera y muestra los billetes á los circunstantes.)
D. MAU. Qué capricho!
D. MIG. (Zape!) Bien, lo dicho dicho.
(Ó soy ó no calavera.)
Mas acaso usted no me abra

crédito de tal cuantía
con la sola garantía
de mi nombre y mi palabra.

D. TOR. Sí. No es usted caballero?
No lo son estos señores?

D. MIG. (Si pierdo... Me dan sudores.)

JUG. 3.° Tres mil duros! Ya es dinero!

D. GIN. Pues señor, con esta fecha
me retiro. (*Guarda su onza.*)

D. MAU. (*Retirando el billete.*)
Tambien sobro
yo. Aunque gane, ¿cuándo cobro
si copó el de la derecha?
(*Aparte con D. Ginés.*)
Qué culebron!

D. GIN. Golpe en vago!

D. TOR. Ponga usted á la contraria,
si gusta; la suerte es varia,
y yo á todos cobro y pago.

D. MAU. No hay prisa: jugaré luégo.

JUG. 4.° (*Poniendo una moneda.*)
Al caballo.

D. POL. Por si peta,
dejo en el as mi peseta.)

D. MIG. (Ea, pecho al agua!) Juego.
(*Vuelve la baraja, muestra la carta que está en puerta y la separa muy despacio de las demás brujuleando la pinta.*)
Rey en puerta, camaradas.

D. TOR. Ya tiembla el pulso?

D. MIG. Eh! no tal.
(Pesa esta carta un quintal.)

D. GIN. (*Viendo la pinta.*)
Espadas.

D. MIG. (*Acabando de descubrir la segunda carta.*)
El as de espadas!
(*Con risa forzada.*)
He tronado. (Oh cielo!) Abur!
(Se me pega la saliva.)
Retírense los de arriba:
no hay fondo para el albur.
(*Retiran sus puestas los que habian jugado al cinco*

y á la sota.)

D. MIG. (Á D. Torcuato.)
Liquidemos, y mañana...

D. TOR. Sí.

D. MIG. (Desbancarme este tio!)

D. TOR. (Cobrando las puestas del caballo y reuniéndolas al fondo.)
Lo de la contraria es mio.
(Dando su peseta á doña Policarpa.)
Esta peseta no gana.

D.ª POL. (Ruin!)

D.ª LUP. (Rústico!)

D. TOR. (Contando el dinero y tomando apuntes en su cartera.)
En el tapete
hay: onzas,... diez: tres doblones:
seis... siete napoleones:
mil reales en un billete.
Sumemos...

D. MIG. (Fatal revés!)

D.ª POL. (Hombre cicatero y vil!)

D. TOR. Total, reales cuatro mil
quinientos setenta y tres.—
Vea usted...

D. MIG. Estoy conforme.

D. TOR. Hasta tres mil duros...

D. MIG. Bien.

D. TOR. Que tengo aquí de reten,
hay un déficit enorme.

D. MIG. Ya sé...

D. TOR. (Le pongo en un brete.)

D. MIG. No esperaré al alguacil...

D. TOR. Son cincuenta y cinco mil
cuatrocientos veintisiete.
(Guarda el dinero y la cartera y se levanta.)

D. MIG. (Levantándose y dándole otra tarjeta.)
Basta. Honre usted, le suplico,
mi casa mañana...

D. TOR. Si;
allí tendré el gusto...

D. MIG. Allí
saldarémos ese pico.

D. Tor. Adios.
D. Mig. Adios.
(Vuelve á sentarse y se queda meditabundo.)
D. Tor. (Sin camisa
se quedará y sin paredes
si el cielo...) Saludo á ustedes.
(Ahora, traslado á Felisa.)

ESCENA XI.

DICHOS, ménos D. TORCUATO.

Jug. 2.° Qué suerte de hombre!
D.ª Lup. Sí, suerte!
Fullería, trapisonda.
Tiene una cara de cuco!...
D.ª Pol. Yo digo que es un idiota.
D.ª Lup. Tres mil duros á una carta!
¡y cobrar á una señora
diez reales!
D.ª Pol. ¡Y no doblar
mi peseta! Ese hombre copa!
D. Mau. Y desbanca.
D.ª Hig. Eh! vaya al diantre...
Quién talla? Esto es lo que importa.
(Un momento de silencio. Algunos jugadores se levantan y otros se van al salon de baile.)
Nadie se anima?
D.ª Lup. (Tomando una baraja.)
Si ustedes
apuntan con parsimonia,
yo tallaré...
Jug. 2.° (Levantándose.) Ya es muy tarde.
Jug. 3.° Y despues de una derrota
tan atroz ¿quién es el guapo
que compromete su bolsa?
(Se levantan las señoras. Quedan sentados y en conversacion D. Miguel, D. Mauricio, D. Ginés y otros dos jugadores. Otros tres forman de pié un corrillo.)
D.ª Hig. Vámonos pues al salon,
Policarpa.
(Saludan y hablando entre sí desaparecen por el foro.)

D.ª Pol. ¡Media onza
peseta á peseta!... Higinia!
Si hoy no me da una congoja...
D.ª Lup. (Yéndose tambien hácia el foro.)
(Qué sino, qué sino tengo!
Me desquitaría ahora;
lo sé de fijo; ¡y me dejan
corrida como una mona!)
(Al Jugador 5.º, que viene del salon.)
Ha visto usted á mi chica?
Jug. 5.º Sí; bailando está la polca
con Urrutia.
(Se incorpora á los del corrillo.)
D.ª Lup. (¡Ella bailando,
y yo bramando de cólera!
No, no; á casa! El arrapiezo!
la monuela! la moçosa!)
(Se va refunfuñando.)

ESCENA XII.

D. MIGUEL. D. MAURICIO, D. GINÉS. Jugadores. Máscaras.

D. Mau. (Aparte con D. Miguel y D. Ginés.)
Qué es eso, Miguel?
D. Mig. Mauricio!...
D. Mau. Así tu ánimo se postra?
Qué diablo!... Si pierdes hoy,
mañana será otra cosa.
D. Gin. En efecto; y tres mil duros
son para ti una bicoca.
D. Mig. Pues ya!... (Otro golpe como este,
y tendré que ir á la sopa.)
D. Mau. Á todo turbio correr,
apelemos á la boda...
D. Mig. (La boda!...)
D. Mau. Y sales de apuros
con el dote de la novia.
D. Mig. Veremos...
D. Mau. Hoy te has portado.
D. Mig. Sí?
D. Gin. Te has colmado de gloria.

D. Mau. Impertérrito en el juego,
emprendedor con las mozas,
duelista... Dame esos cinco.
(Le aprieta la mano.)
D. Mig. Yo celebro...
D. Mau. (Ni el de Coria!)
D. Gin. (Apretándole la ótra mano.)
Ya eres del gremio.
D. Mig. (Con fatuidad.) ¿De véras!
(Caro me cuesta el diploma!)
D. Mau. Yo te rindo el pabellon.
D. Gin. Contigo soy yo una monja.
D. Mig. No sonrojeis á un recluta
que hasta el dia no blasona
sino de hazañas vulgares.
Pero, si el númen me sopla,
quizá...
D. Mau. Sepamos tu plan
para mañana.
(Siguen hablando entre sí, y lo mismo los otros dos grupos.)

ESCENA XIII.

DICHOS. D. TORCUATO. FELISA.

Fel. (Aparte con D. Torcuato.)
Una broma
ligera. Yo no he tomado
parte activa en esta historia
todavía.
(Mirando á la mesa.)
Cómo! áun juegan!
D. Tor. No es para exponerse á otra
la leccion que ha recibido.
(Siguen hablando aparte.)
D. Mig. (Qué idea tan luminosa!)
(En alta voz. Todos prestan atencion.)
Señores!
Fel. Él habla. Oigamos.
D. Mig. (Á D. Mauricio y D. Ginés.)
Me vais á tejer coronas

de laurel. De hoy más, mi nombre
será famoso en Europa.
(Levantándose. Los que están sentados hacen lo mismo, y se acercan á la mesa los que se habian apartado de ella.)
Dos palabras, caballeros.
Mi señora doña Aldonza
da á palo seco sus bailes,
y esperar aquí la aurora
sin cenar, es bobería.
Ahora bien, si ustedes me honran,
para probar que la pérdida
de esta noche no me agobia,
yo hago el gasto para todos.

D. MAU. Viva esa firmeza estoica!

D. MIG. Mas primero necesito
realizar á toda costa
algunos fondos.
(Sacando el retrato de Felisa.)
Señores!...
Rifo esta alhaja.

JUG. 4.° Á ver?... Oiga!

JUG. 2.° Un retrato?

FEL. (Acercándose de puntillas.)
Ay Dios, el mio!

D. MAU. ¿El de la dama infanzona
que aspira á tu blanca mano!

FEL. Oh accion indigna, alevosa!...

D. TOR. Calla.

D. GIN. ¿Qué haces, temerario!

JUG. 4.° Qué linda!

D. MAU. ¿Así te divorcias
de un pingüe dote...

D. MIG. Pues ¡qué!
¿no es mil veces más preciosa
mi libertad?

JUG. 3.° Es divina!

D. MAU. Poner en rifa á su novia!
Eres un héroe, y ni César,
ni Pirro, ni Epaminóndas
dieron (ah nécio!) tan alto
asunto á bronces ni trompas.

D. MIG. Ea, á dos duros la carta!
JUG. 4.° Y ¿qué hacemos con la copia,
sin original?...
D. MIG. El marco—
mirad!—es de oro y aljófar.
(Siguen examinando el retrato con risa y algazara.)
FEL. Infame!... No puedo más!
D. TOR. Aquí no estás bien ahora.
Vete. Yo rescataré
la prenda.

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos FELISA.

D. MIG. (Poniendo el retrato sobre la mesa, tomando una baraja y presentándola en forma de abanico.)
Vamos, ¿quién compra
cartas?
D. GIN. Vengan cinco.
(Las toma á su eleccion y pone su importe sobre la mesa.)
D. TOR. Vengan
todas las restantes.
(Toma el resto de la baraja.)
D. MAU. Hola!
D. MIG. Cómo! es ¿usted...
D. TOR. Sí, señor.
D. MIG. Caballero... Yo... Me choca...
D. TOR. Así será más sencilla
la operacion y más pronta.
Dando una á una las cartas
hay rifa para tres horas.
D. MIG. Pero... (Es mi mal genio este hombre.)
Si usted se las lleva todas...
D. TOR. Yo soy así..., codicioso,
y cuando próspero sopla
el viento de la fortuna,
nunca le vuelvo la proa.
D. GIN. Acaso este caballero
conocerá á la señora
cuya...

D. Tor. No lo sé: áun no he visto
el retrato, ni me importa;
pero las rifas me tientan
y las pinturas me arroban.
Ea, tire usted, que es tarde
y se cerrarán las fondas.

D. Mig. (Qué haré?)

D. Tor. Por vida del chápiro!...
¡Ocurrirle tan donosa
diablura, y faltarle aliento
para ponerla por obra!

D. Mig. Señor mio!...

D. Mau. (Al oido.) No te piques;
que te hundirás si lo notan.

D. Tor. Ó no echarla de tronera,
ó serlo en debida forma:
ó servir á Dios, ó al diablo;
lo demas es ser hipócrita.

D. Gin. Bien dice! (Este tio... impone.)

D. Mig. Eh! ya basta de parola.
Yo nunca me vuelvo atras,
y si todos se conforman...

Jugs. Por qué no?—Sí.

D. Mig. (Tomando otra baraja.)
Barajemos.

D. Tor. Permita usted que ántes ponga
sobre la mesa el dinero. (Lo hace.)
(Si con cinco cartas solas
(Mostrando á D. Ginés.)
se lleva este hombre la alhaja,
será preciso que escoja
ó el oro de esta cartera,
(La guarda. Tentándose un bolsillo.)
ó el plomo de esta pistola.)

D. Mig. Al primer naipe?

D. Tor. Se entiende.
Á qué gastar ceremonias?

D. Mig. Corte usted.

D. Tor. Corto. (Lo hace.)

D. Mig. (Volviendo la baraja, y presentando la primera carta.)
El seis de oros.

D. GIN. (Mirando sus cinco cartas.)
No está aquí!
D. TOR. (Arrebatando el retrato.)
Mia es la joya!
(Guardándolo.)
Buenas noches, caballeros.
(Yéndose.)
(Oh gozo! oh ventura! oh gloria!)

ESCENA XV.

DICHOS, ménos D. TORCUATO.

D. MAU. ¡Qué ufano va y qué contento
con su bella miniatura!
D. MIG. (Y yo tengo calentura.)
D. GIN. Qué aire de remordimiento!
D. MIG. (Con risa forzada.)
Yo!... Quiá!
D. MAU. Damas cuantas quieras
te ha de valer este rasgo.
Amor es un lindo trasgo
que protege á los troneras.
D. GIN. ¿Conque son mil y seiscientos...
Si se adopta la tarifa,
mañana te pongo en rifa,
iman de mis pensamientos.
D. MAU. Dejemos ya este episodio,
y á cenar!
D. MIG. Dónde?
D. GIN. En Lardí?
(Siguen hablando bajo. Aparece Felisa por la derecha.)

ESCENA XVI.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. FELISA. Jugadores. Máscaras.

FEL. (Buen tutor! Todo lo oí.
Me salva! Es mi ángel custodio.
Mas aunque me riña luégo,

yo he de echar mi cuarto á espadas.)
D. MIG. Ea, á cenar, camaradas!
D. MAU. Broma hasta el dia!
FEL. (Yo llego.)
Chit!...
D. GIN. Hola! á quién? á mí?
FEL. No.
D. MAU. Pues ¿á quién?
FEL. Á don Miguel.
D. MAU. Lo dije!
JUG. 4.º Todas á él!
D. GIN. Otra diosa!...
D. MIG. (Con afectada indiferencia.)
Un dominó!
Qué quieres, linda zagala?
FEL. Hablarte en particular.
D. MIG. (Aparte con sus amigos.)
La convidaré á cenar.
D. MAU. }
D. GIN. } Sí.
D. MIG. Esperadme en esa sala.
(D. Mauricio, D. Ginés y los Jugadores se retiran por la izquierda.)

ESCENA XVII.

FELISA. D. MIGUEL. Máscaras.

D. MIG. Quién eres?
FEL. Soy mensajera
de la dama del retrato,
y vengo á ver si rescato
á la pobre prisionera.
D. MIG. (Cielos!) Yo... ¿Quién...
FEL. Es crueldad
que una cara no muy fea
por tu ingratitud se vea
en el Monte de Piedad.
D. MIG. Yo... El retrato...
FEL. Ah! ¿ya confiesas...
D. MIG. No.—En casa me lo dejé.
FEL. ¿Y qué dirá, si lo vé,

la niña de las Salesas?

D. MIG. Cómo!... (Es bruja?) Tú... ¡Es posible...
Si eres...

FEL. Claro está.

D. MIG. (Me abisma!)
Si eres la... (Sudo!)

FEL. La misma.

D. MIG. (Oh rifa infausta y horrible!)
Perdona! Un bárbaro acceso
de incomprensible locura...

FEL. Cinco onzas, y en miniatura!
Pagada está con exceso.

D. MIG. Ah! no con fingida calma
cuando tu piedad aguardo
aguces, mi bien, el dardo
que me dilacera el alma.
Arrepentido, confuso,
desolado...

FEL. (Así te quiero.)

D. MIG. De aleve y mal caballero
ante tus plantas me acuso.

FEL. Acusarte! ¿Así desmientes
tu bien adquirida fama?
(Riéndose.)
Já, já...

D. MIG. (Desconcertado.)
Pero... esa soflama...

FEL. Menguado! Ya te arrepientes...

D. MIG. Yo...

FEL. Tronera vergonzante!

D. MIG. Llevas careta, y no sé
cómo... á quién...

FEL. Yo arrancaré
la que cubre tu semblante.
Delante de tus amigos
haré que tu afrenta llores...

D. MIG. Tente!...

FEL. Diciendo:
(Esforzando un poco en la voz.)
Señores!
sean ustedes testigos...

D. MIG. Por Cristo, baja la voz!

Me pones en un conflicto
si en son de público edicto...
Mascarita, eres atroz!

FEL. ¿Qué he de hacer con un proteo
que así provoca mi saña
desmintiendo la alta hazaña
que es mi más alto trofeo?

D. MIG. Luego ¿no eres—pésia tal!
la del retrato?

FEL. Ay de mí!
Pluguiera al cielo que sí!—
Soy víctima... original.

D. MIG. Pues ¿cuándo... Yo... ¿Qué interes...

FEL. ¡No te dice el alma á voces
quién soy? ¿Ya no reconoces
á Adelaida la de Uclés?

D. MIG. (Esta es otra!)

FEL. Qué te pasma?

D. MIG. Tú Adelaida?

FEL. Yo que te hablo.

D. MIG. (¿Habrá dado cuerpo el diablo
á mi fingido fantasma?)
(*Para sí, pero en alta voz.*)
Ah! ya caigo... Sí, ella es.

FEL. Quién?

D. MIG. La mujer de Benito.

FEL. Yo?

D. MIG. Con tu broma estoy frito.
Dios te lo demande, Inés!

FEL. Yo Inés! yo nombre del vulgo?
yo de un Benito, qué afrenta!
mujer...; mal digo; *parienta*?
Calla, calla, ó te excomulgo.

D. MIG. Con efecto, eres mas alta...
tu voz tiene otro metal...
¿Quién eres, mujer fatal!
Ya la bílis se me exalta.
Ah!... La Inés tiene un lunar
en la diestra...)

FEL. Infiel! tirano!

D. MIG. Quieres mostrarme esa mano?

FEL. (*Quitándose el guante.*)

Qué! me llevas ya al altar?
D. MIG. Si; pronto...
FEL. (Dándole la mano derecha.)
Mírala atento.
Con ella te dí mi fé
cuando contigo salté
las paredes del convento.
D. MIG. (Habrá mayor embustera?—
No hay lunar; no es Inesilla.—
Oh qué suave! Mantequilla.)
FEL. Es mano esta de cualquiera?
D. MIG. Y este anillo...
FEL. Un testimonio
de tu amor.
D. MIG. Eh?... Sí...
FEL. El de marras.
D. MIG. Ya.
FEL. El que tú me diste en arras
del pactado matrimonio.
D. MIG. (Entre dientes.)
Vive Dios!...
FEL. Eh? Niega pues
que soy...
D. MIG. Serás quien quisieres.
FEL. (Alzando la voz.)
Caballeros!...
D. MIG. Calla! Sí, eres
Adelaida la de Uclés.
Pero ¿á qué vienes aquí?
FEL. Con un objeto muy santo.
D. MIG. Qué objeto?
FEL. Saber en cuánto
me vas á rifar á mí.
D. MIG. Oh! al fin me haces estallar.
¿Á qué atormentarme así,
si ni tú á mí ni yo á ti
nos podemos engañar!
Acabemos! Yo he de ver
las armas con que me hieres;
yo quiero saber quién eres,
ángel, demonio, ó mujer.
FEL. Una criatura humana

que se interesa por ti.

D. MIG. Me amas?

FEL. Sí.

D. MIG. Mucho?

FEL. Así, así;
como amiga, como hermana...
Más de lo que tú mereces.

D. MIG. Pues bien, á tus piés me postro
y...

FEL. (Deteniéndole.)
Tente!

D. MIG. Muéstrame el rostro:
te lo ruego una y mil veces.

FEL. ¿No temes...

D. MIG. Nada me arredra.

FEL. Sea. Ven hácia esta parte.
(Se le lleva á los bastidores de la derecha, quedando Felisa de espaldas á los de la izquierda.)

D. MIG. Alza ya...

FEL. Vas á quedarte
como una estatua de piedra.
Nos ven?

D. MIG. No; todos se han ido.
Vamos, mi ruego te venza...
(Felisa se quita la careta.)
Ah! (Se queda estupefacto.)

FEL. Muérete de vergüenza,
si alguna vez la has tenido.

D. MIG. Muerto soy! Perdon! Piedad!...

D. MAU. (Dentro.)
Miguel!

FEL. Silencio.

ESCENA XVIII.

FELISA. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. Jugadores. Máscaras.

D. GIN. ¡Aun los dos
aquí!

D. MIG. (Á Felisa en voz baja; ella se pone la careta.)
Tápate por Dios!

D. MAU. Es mucha arbitrariedad.
D. GIN. El hambre nos trae aquí.
D. MAU. Si te ha flechado esa bella,
tráela y cenemos con ella...,
ó cenarémos sin ti.
FEL. (Ap. con D. Miguel.)
Pagado tengo el escote,
y bien pudiera...
D. MIG. (En tono suplicante.) Ah señora!...
FEL. Mas no ceno yo á tal hora
ni entre tanto monigote.
D. MIG. (Á sus amigos.)
Esta señora no cena:
ya os sigo..., con su permiso.
(En voz baja.)
Perdone usted... Es preciso...
FEL. Vaya usted muy norabuena.
D. MIG. Nos veremos? (Pierdo el juicio!)
FEL. (Desdeñosa y sentándose.)
No sé. Adios.
D. MIG. (Tanto desastre!)
FEL. (Temo que al vicio le arrastre
la hipocresía del vicio.)
D. MAU. (Ap. con D. Miguel, tomándole del brazo.)
Qué tienes?
D. MIG. (Noche infernal!)
(Con risa forzada.)
Nada!
LOS JUGS. Á cenar!
FEL. (Insensato!)
D. MIG. (Siguiendo á los demás.)
(Ay fatídico retrato!
(Volviendo la vista hácia Felisa.)
Ay divino original!)

ESCENA XIX.

FELISA. INÉS. Máscaras.

FEL. Pobre Miguel! Él es bueno,
pero el ejemplo maldito...
(Se quita la careta y se levanta.)

INES. (Llegando por la derecha.)
Aquí está.
FEL. Inés! Y Benito?
INES. Cantó lo suyo y lo ajeno.
FEL. Pues qué hay? Cuéntame...
INES. (Quitándose la careta.) Mañana
se bate con don Miguel.
FEL. ¿Cómo...
INES. Farsa...
(Mirando al foro.) Ah! ¿no es aquel...
Sí, con una valenciana...
¡Y me juraba de hinojos...
FEL. Inés!... ¡Oye...
INES. Aleve! ingrato!
Vuelvo... Ahí está don Torcuato.—
Le voy á sacar los ojos.

ESCENA XX.

FELISA. D. TORCUATO. Máscaras.

FEL. Pobre chica!... ¡Qué bribones
todos!
D. TOR. Aquí estabas!
FEL. Sí.
D. TOR. ¡Y yo de aquí para allí
buscándote en los salones!
FEL. Le ví, le hablé: estoy vengada.
D. TOR. Sí?
FEL. ¡Cuál su tormento fué
cuando viva le mostré
á la que él rifó pintada!
D. TOR. Sabe ya quién eres?
FEL. No,
ni lo ha de saber tampoco
hasta que le vuelva loco
la dama del dominó.
D. TOR. Yo (ay Dios!) que tu bien deseo
mas que el mio... (Saca el retrato.)
FEL. Ah! Don Torcuato!
D. TOR. Vuelvo el cautivo retrato...
FEL. No! Guarde usted su trofeo.

D. MAU. Es mucha arbitrariedad.
D. GIN. El hambre nos trae aquí.
D. MAU. Si te ha flechado esa bella,
tráela y cenemos con ella...,
ó cenarémos sin ti.
FEL. (Ap. con D. Miguel.)
Pagado tengo el escote,
y bien pudiera...
D. MIG. (En tono suplicante.) Ah señora!...
FEL. Mas no ceno yo á tal hora
ni entre tanto monigote.
D. MIG. (Á sus amigos.)
Esta señora no cena:
ya os sigo..., con su permiso.
(En voz baja.)
Perdone usted... Es preciso...
FEL. Vaya usted muy norabuena.
D. MIG. Nos veremos? (Pierdo el juicio!)
FEL. (Desdeñosa y sentándose.)
No sé. Adios.
D. MIG. (Tanto desastre!)
FEL. (Temo que al vicio le arrastre
la hipocresía del vicio.)
D. MAU. (Ap. con D. Miguel, tomándole del brazo.)
Qué tienes?
D. MIG. (Noche infernal!)
(Con risa forzada.)
Nada!
LOS JUGS. Á cenar!
FEL. (Insensato!)
D. MIG. (Siguiendo á los demás.)
(Ay fatídico retrato!
(Volviendo la vista hácia Felisa.)
Ay divino original!)

ESCENA XIX.

FELISA. INÉS. Máscaras.

FEL. Pobre Miguel! Él es bueno,
pero el ejemplo maldito...
(Se quita la careta y se levanta.)

INES. (Llegando por la derecha.)
Aquí está.
FEL. Inés! Y Benito?
INES. Cantó lo suyo y lo ajeno.
FEL. Pues qué hay? Cuéntame...
INES. (Quitándose la careta.) Mañana
se bate con don Miguel.
FEL. ¿Cómo...
INES. Farsa...
(Mirando al foro.) Ah! ¿no es aquel...
Sí, con una valenciana...
¡Y me juraba de hinojos...
FEL. Inés!... ¡Oye...
INES. Aleve! ingrato!
Vuelvo... Ahí está don Torcuato.—
Le voy á sacar los ojos. (Vase.)

ESCENA XX.

FELISA. D. TORCUATO. Máscaras.

FEL. Pobre chica!... ¡Qué bribones
todos!
D. TOR. Aquí estabas!
FEL. Sí.
D. TOR. ¡Y yo de aquí para allí
buscándote en los salones!
FEL. Le ví, le hablé: estoy vengada.
D. TOR. Sí?
FEL. ¡Cuál su tormento fué
cuando viva le mostré
á la que él rifó pintada!
D. TOR. Sabe ya quién eres?
FEL. No,
ni lo ha de saber tampoco
hasta que le vuelva loco
la dama del dominó.
D. TOR. Yo (ay Dios!) que tu bien deseo
mas que el mio... (Saca el retrato.)
FEL. Ah! Don Torcuato!
D. TOR. Vuelvo el cautivo retrato...
FEL. No! Guarde usted su trofeo.

D. Tor. Ah!... Se hizo para Miguel,
y yo...
Fel. En buena mano está.
Usted no me venderá
como me ha vendido él.
D. Tor. No. Primero el corazon
me arrancarian...
Fel. Lo sé.
D. Tor. Y... ¿Cómo debe mi fé
interpretar este don?
Fel. Callar me manda el recato.
D. Tor. Podrá tan dulce favor
ser de pupila á tutor...
Fel. Ó de Felisa á Torcuato.
(La música toca y desaparecen las máscaras.)
D. Tor. Ah! muera á tus piés de gozo
quien...
Fel. (Deteniéndole.)
Quieto. Oye usted el son?
Bailemos un rigodon.
D. Tor. Sí, sí. Oh Dios! Hoy me remozo.—
Mas ¡tan linda criatura
con este rudo mastranzo!...
Veinte años ha que no danzo...
No; quita allá! Qué locura!—
Con todo, estaré en un potro,
francamente te lo digo,
si tras no bailar conmigo,
te veo bailar con otro.
Fel. No haré yo tal: Dios me guarde!
D. Tor. Mi bien!...
Fel. Busquemos á Inés,
y volvámonos los tres
á la quinta; que ya es tarde.
Allí, si el cielo es propicio,
por el sistema homeopático
curarémos á un maniático
la hipocresía del vicio.
(Vánse por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin en la quinta de D. Miguel. En el foro la fachada interior de la casa, con puerta grande dejando ver una parte del zaguan, á cuya opuesta extremidad se supone estar la puerta principal de la misma posesion. Encima de la que mira al jardin habrá un cuadrante. Á la derecha del actor un pabellon, con puerta, que aparece cerrada· á la izquierda árboles: á cada lado un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.

D. MIG. ¿Conque el duelo es á pistola
y á veinte pasos?
(Hace D. Mauricio una seña afirmativa.)
Corriente.
D. MAU. Las armas están allí.
(Sobre el banco de la derecha.)
Mas tu enemigo no viene.
Su padrino y yo acordamos
que os matáseis á las nueve,
y ya el cuarto se aproxima
si aquella muestra no miente.
D. GIN. Quizá se habrá arrepentido...
D. MAU. Por no quebrantar las leyes...
D. MIG. La del honor es primero.
D. GIN. Pero da un asco la muerte!...

D. Mig. Aun vendrá. Siempre hay que hacer
en momentos tan solemnes.
La última disposicion,
cartas...

D. Gin. Y tú ¿no previenes...

D. Mig. Yo? nada. Ó muero ó le mato.
Si ha de ser feliz mi suerte,
excuso perder el tiempo
embadurnando papeles;
si está escrito que una bala
me ha de taladrar la frente,
abur! Tal dia hizo un año:
una vez sola se muere.
Quiero hasta el último instante
vivir tranquilo y alegre
y no compungir el alma
cuando el cuerpo no me duele.

D. Mau. (Á D. Ginés en voz baja.)
Su serenidad me pasma.

D. Mig. En este trance, creedme,
sólo una cosa me aflige.

D. Gin. ¿No tener aquí parientes
que te lloren...

D. Mig. Nada de eso.

D. Mau. ¿Que otro las gracias herede
de tu divina Adelaida?

D. Mig. Tampoco.

D. Gin. Pues ¿qué te escuece?

D. Mig. El chasco á que os exponeis
si mi adversario me vence.
No es nada! Estar convidados
á un opíparo banquete,
¡y haberlo de conmutar
por una misa de *réquiem!*

D. Gin. Bravo!

D. Mau. Feliz ocurrencia!
(D. Miguel, talareando una cancion, abre la caja de las pistolas y las reconoce con afectada indolencia.)

D. Gin. (Aparte con D. Mauricio.)
Cáspita! Te digo que este
recluta lleva camino
de ser pronto nuestro jefe.

D. MAU. (Á D. Miguel.)
Celebro tu sangre fria,
tu indiferencia...
D. GIN. Alma fuerte!
D. MAU. Anoche al salir del baile
ibas algo intercadente...
D. MIG. Cavilaciones..., flaquezas...,
dejos del antiguo régimen...
Pero en la cena ya visteis
que me porté como un héroe.
D. GIN. Cierto.
D. MIG. (Ó dame más valor,
conciencia, ó no me atormentes.)
D. MAU. Pero ¿cuándo nos presentas
á tu ex-colegiala?
D. MIG. En breve.
Hícela salir de casa
para que aquí no se encuentre
cuando en singular combate
con aquel hombre...
(Asoman por la puerta de la quinta Benito y don Fabian.)
Ahí le tienes.

ESCENA II.

DICHOS. BENITO. D. FABIAN.

BEN. Muy buenos dias, señores.
D. MIG. Bien venido.
BEN. Usted dispense
la tardanza. Tengo un sueño
muy pesado.
D. MAU. (Aparte con D. Fabian.)
¡Este hombre duerme
en vísperas de batirse!
D. FAB. Le digo á usted que es un nene...
Ya, ya!
D. MAU. Bien. Me felicito
de que mi ahijado tropiece
con un rival digno de él.
BEN. El señor don Fabian Perez,

mi camarada y padrino,
me ha puesto en antecedentes.
Cárguense pues las pistolas,
y al avío!, que se pierde
el tiempo.
(D. Mauricio y D. Fabian cargan las pistolas.)

D. GIN. Yo sobro aquí...

D. MIG. Tú á distancia competente
observarás.

D. GIN. Está bien.
(Se pasea por detrás de los otros interlocutores.)

BEN. (Aparte con D. Miguel.)
¿Conque al principio muy terne...

D. MIG. Sí.

BEN. Y en el momento crítico...

D. MIG. Pues.

BEN. Entono el *miserere*.

D. MAU. (Á Benito, presentando las pistolas.)
Ya están las armas cargadas.
Tome usted...

BEN. (Á D. Miguel.) La que usted deje.

D. MIG. (Tomando una con la cabeza vuelta á otro lado.)
Cualquiera.

BEN. (Tomando la otra.) Esta yo. No quita
lo cortés á lo valiente.
Y para probar á usted
que el rencor no tiene albergue
en mi noble corazon,
si de véras se arrepiente
y canta una palinodia
capaz de satisfacerme...

D. MIG. Palinodia? Voto á briós!...

BEN. Bien, bien. Conque erre que erre?
Muy buen provecho.—Le mato
como cinco y dos son siete.

D. MIG. Eso ¿es caridad..., ó miedo?

BEN. Miedo? Hum!... Yo...

D. TOR. (Apareciendo por la puerta del foro.)
Dios guarde á ustedes.

ESCENA III.

DICHOS. D. TORCUATO.

D. MIG. Quién llega? (Otra vez ese hombre!)
Aquí usted! Esta visita...
D. TOR. Me asombra el que usted se asombre.
¿Ha olvidado usted la cita...
D. MIG. Pero á tal hora, no creo
que, fuera del aguador,
nadie...
D. TOR. No obstante, yo veo
que es usted madrugador.
D. MIG. Es que hoy llamándome está
un negocio de más bulto.
D. TOR. Para usted, así será;
para mí, lo dificulto.—
Ah! entiendo. Estamos seguros?
D. MAU. Quieren ventilar á solas...
D. TOR. Ya, ya: un jardin extramuros...,
padrinos..., sendas pistolas...
BEN. Mi noble competidor,
franco, galante, espontáneo,
me concede el alto honor
de hacerle añicos el cráneo.
D. TOR. ¿Usted... Ya caigo: el de ayer.
BEN. La vida tiene en un tris.
D. TOR. Mucho me alegro de ver
al hombre del medio luis.
D. MIG. Ya ve usted que lo primero
es despachar nuestro asunto,
porque ningun caballero
transige sobre este punto.
El honor nos compromete...
D. TOR. Tambien manda á un hijo de Eva
que cumpla lo que promete
y que pague lo que deba.
D. MIG. Señor mio!
D. TOR. Si le ofendo,
perdone usted; mas su arraigo...
D. MIG. Yo nunca me desentiendo

de las deudas que contraigo.

D. Tor. Bien! Sin embargo, de algunas
que no llegan á mil reales
prescinden por importunas
los sujetos principales.
Si usted dijese: «Me enfada,
siendo caudal tan exiguo,
dar cada mes su soldada
á un criado fiel y antiguo,
y el precio me pide en vano
de materiales y hechuras
un laborioso artesano
padre de seis criaturas»;
de tan desdeñoso olvido
no me admiraria yo;
que eso y más es permitido
á los hombres *comme il faut*.

D. Mig. Usted me injuria!

D. Tor. No á fé:
en la práctica me fundo.
Aquí donde usted me ve,
yo soy un hombre de mundo.
No soy tronera de ayer,
y con los años que cuento
¿podria yo no tener
en la uña el reglamento?
(Á D. Mauricio.)
Usted, de cuya alma grande
no dudo...

D. Mau. Eh!... yo...

D. Tor. Sin lisonja.
Dígale usted que no se ande
en escrúpulos de monja.

D. Mig. Ser tramposo es vicio feo,
y yo jamás...

D. Tor. (Á D. Mauricio.) Qué pacato!
Lástima me da. (Á D. Miguel.)
Ya veo
que áun es usted muy novato.

D. Mig. ¡Cómo...

D. Tor. Sea usted mi amigo,
cesen nuestras disensiones,

y desde ahora me obligo
á darle algunas lecciones.

D. MIG. Entienda usted, caballero,
que yo (de ira me ahogo)
ní para amigo le quiero
ni le sufro pedagogo.

D. TOR. Bien, por eso no me aflijo.
Mas mi crédito no es chanza...

D. MIG. Quién dice tal?

D. TOR. Y yo exijo
que hoy...

D. MIG. Esa desconfianza...

D. TOR. No va contra la opinion
de usted.

D. GIN. (Aparte á D. Mauricio.)
Le frie!

D. MIG. (Yo sudo!)

D. TOR. Usted habrá hecho intencion
de pagarme; no lo dudo;
pero pendiente le miro
de un duelo, y ante un atleta
capaz de plantar un tiro
en el diurno planeta.

BEN. Yo... (Qué cara de gendarme!)

D. TOR. Ahora bien, será un mal rato
para mí que sin pagarme
muera usted *ab intestato*.
Vírgen santa! interceded
por su vida hasta que pueda...

D. MIG. Gracias. No le pago á usted...

D. TOR. Cómo!...

D. MIG. En la misma moneda.

D. TOR. Negar deuda tan sagrada...

D. MIG. No queria decir eso,
sino que usted se persuada
del odio que le profeso.

D. TOR. De véras? Vaya por Dios!
Yo celebro la franqueza...

D. MIG. Y es preciso que los dos
nos rompamos la cabeza.

D. TOR. Yo no alcanzo...

D. MIG. Usted me amarga

la vida...

D. TOR. Yo!

D. MIG. Si, señor,
y me fastidia, y me carga.

D. TOR. (Á los circunstantes.)
Es claro: soy su acreedor!

D. MIG. No es eso lo que me abrasa.
sino... (El retrato! oh tormento!)
Á tener fondos en casa
yo pagaria al momento.

D. TOR. Pues bien, haremos un pacto...
Soy yo algun israelita?
Si usted no puede en el acto
solventar mi cuentecita,
firma usted un pagaré...

D. MAU. (Aparte á D. Miguel.)
Pues te habla con buenos modos,
cede...

D. TOR. Á treinta dias, eh?...
Ó á ciento, y Cristo con todos.

D. MIG. Con tres tengo suficiente.

D. TOR. Bien: yo soy de buena pasta...

D. MIG. (Tiene este hombre un ascendiente
que me exaspera y me aplasta.)
(Dejando la pistola en el banco.)
Para que no haya disputa,
diga usted la suma. ¿Son...

D. TOR. (Sacando la cartera y arrancando una hoja.)
Aquí tengo la minuta.

D. MIG. (Arrebatándosela.)
Venga.

D. TOR. Reales de vellon...

D. MIG. Bien, basta. Y ¿qué nombre escribo?

D. TOR. No hace al caso...

D. MIG. Eh?

D. TOR. No, señor.
Extienda usted un recibo
anónimo...; al portador.

D. FAB. (Aparte con Benito.)
Calla su nombre!

BEN. Es mal bicho!

D. MIG. Voy al punto...

D. Tor. (Montecato!)
D. Mig. Y en seguida...
D. Tor. Qué?
D. Mig. Lo dicho:
me mata usted, ó le mato.
(Entra en la quinta.)

ESCENA IV.

D. TORCUATO, D. MAURICIO, D. GINÉS, BENITO. D. FABIAN.

D. Tor. Siento haber interrumpido
la inocente diversion
que ustedes se proponian;
mas bien puedo suplir yo
la ausencia de don Miguel.
Ben. Qué oigo!
D. Mau. ¡Cómo...
D. Tor. Tambien soy
acreedor de este individuo.
Ben. Mio? Por qué?
D. Tor. Si, señor.
Ben. Yo no le debo á usted nada:
no hay ninguna conexion
entre nosotros.
D. Tor. Si tal.
Ben. ¿Cuándo...
D. Tor. Desde anoche á hoy.
Ben. No comprendo...
D. Tor. Usted me ha herido...
Ben. Yo á usted! ¿Dónde...
D. Tor. En el honor.
Anoche nos dijo usted
con tono de hombre de pro
que se llamaba...
Ben. (Ay! yo tiemblo.)
D. Tor. Torcuato Ruiz.
Ben. (Santo Dios!)
Si, yo dije...
D. Tor. Y miente usted.
Ben. ¡Cómo...
D. Gin. Eh?
D. Mau. Hola!

BEN. (San Eloy!)
D. TOR. Ese nombre no es el suyo.
BEN. Perdone usted .. Mi padron...
Mi... Pues. Mi fe de bautismo...
D. MAU. (Á D. Fabian.)
Ó ese hombre es un impostor,
ó no debe tolerar
un insulto tan atroz.
D. FAB. Si mi ahijado...
D. MAU. Y ya es forzoso
que en esta nueva cuestion
intervengamos.
D. FAB. Es cierto.
BEN. Usted está en un error,
caballero. ¿En qué se funda
usted para...
D. TOR. Voto á briós!
En que ese nombre es el mio.
BEN. (El indiano! Muerto soy!)
D. MAU. (Aparte con D. Ginés.)
Aquí hay maraña.
D. GIN. Sí.
BEN. (Hagamos
de las tripas corazon.)
Quiere decir que seremos
tocayos.
D. TOR. No.
BEN. Pero...
D. TOR. No!
Yo no puedo ser tocayo,
ni áun prójimo, de un bribon.
BEN. Bribon! Usted exagera...
D. TOR. Esta pistola...
(Toma la que dejó D. Miguel.)
BEN. (Es feroz!)
Valga la verdad, señores.
Por razones que no son
de este lugar, habrá un año
me refugié en Perigord...
(Yo no sé lo que me digo.)
De allí pasé á Dusseldorf...
D. TOR. Al grano.

BEN. Ayer regresé
de las márgenes del Po...
D. TOR. Adelante.
BEN. Y conviniéndome
hasta mejor ocasion
ocultar mi propio nombre,
tomé... el que ántes me ocurrió.
D. TOR. Bien está. Tras del bautismo
viene la confirmacion,
y esta pistola será...
BEN. (Vírgen santa de la O!)
D. TOR. (Á los circunstantes.)
Me parece que hay motivo...
D. MAU. Está muy puesto en razon.
BEN. (Y no viene don Miguel!)
D. TOR. Á diez pasos... Eh?
BEN. (Qué horror!)
D. MAU. Contemos...
(Empieza á medir pasos de derecha á izquierda.)
BEN. Es excusado.
Yo no me bato; no estoy
tan desesperado.
D. TOR. Infame!...
(Pobre mozo!)
BEN. Harto veloz
es la muerte sin llamarla
fuera de tiempo y sazon.
D. TOR. Cómo! Eso hace un caballero?
BEN. Sabe usted si yo lo soy?
D. MAU. (Riéndose.)
Es graciosa la aventura.
BEN. (Dejando la pistola sobre un banco.)
Yo, en fin, por un *quid pro quo*
no me mato..., aunque me maten.
D. TOR. ¿Y no habrá satisfaccion
á mi injuria! Por lo ménos
una oreja de las dos...
BEN. (Corriendo.)
Huyamos...
D. TOR. Quieto ó disparo!
BEN. (Cayendo de rodillas.)
Misericordia! perdon!

D. FAB. Que esto haga un ahijado mio!
Me voy, señores, me voy...
(y me ahorraré una paliza.)
Qué vergüenza! qué rubor!

ESCENA V.

DICHOS, ménos D. FABIAN.

D. TOR. Habla!
BEN. Yo... Todo es tramoya.
Una especie de *tableau*...,
una... Yo soy...
D. TOR. Desdichado!
BEN. Mi amo...
(Aparece D. Miguel en la puerta de la quinta con un papel en la mano.)

ESCENA VI.

D. TORCUATO. BENITO. D. MAURICIO. D. GINÉS. D. MIGUEL.

D. MIG. (¡Maldito borron,
que me ha obligado...) Qué veo!
BEN. (Viendo á su amo y levantándose.)
Él es! Silencio, por Dios!
(Huye por la arboleda de la izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos BENITO.

D. MIG. Huye como un foragido!
D. GIN. (Con soflama.)
Bravo!
D. MIG. Eh?
D. MAU. Una palma!
D. GIN. Un laurel!
D. MAU. Victoria por don Miguel.
D. MIG. (Aquel tuno me ha vendido.)
Caballeros...
D. MAU. Vaya un lance!

D. GIN. Donoso!
D. MAU. Particular!
D. TOR. ¡Y digno de figurar
en un curioso romance!
D. MIG. Eh! basta. Sus comentarios
sufriré; los de usted, no.
D. TOR. Mucho sentiria yo
hacer juicios temerarios...
D. MIG. Si, por capricho ó por chanza,
á dos íntimos amigos
he querido hacer testigos
de una supuesta venganza,
corazon me sobra y hiel
y brazo y rostro sereno
para hacer con usted bueno
lo que fingí con aquel.
Tome usted pues su recibo,
(Lo guarda D. Torcuato, y D. Miguel toma la pistola que dejó Benito.)
y ¡vamos...
D. TOR. Hombre de Dios!...
Yo...
D. MIG. Presto! Uno de los dos
no ha de salir de aquí vivo.
D. TOR. Qué! ¿no habrá algun protocolo
que nos componga..., algun medio...;
que á mí no me causa tedio
la vida.
D. MIG. Uno hay, uno sólo.
Volverme la miniatura...
D. TOR. La de la rifa? Es tan bella!...
D. MIG. Y pídame usted por ella
cuanto quisiere.
D. TOR. Locura!
(Con la mano sobre el corazon.)
Aquí está.
D. MIG. Cómo!...
D. TOR. Si tal;
duplicada.
D. MIG. ¿Quién creyera...
D. TOR. Si; la imágen por de fuera
y dentro el original.

D. MIG. Usted la ama!
D. TOR. Oh! la idolatro.
D. MIG. Tambien mi rival? Oh cielos!
Mi furia inflaman los celos.
D. MAU. (Ap. á D. Ginés.)
Habrá aquí tambien... teatro?
D. MIG. Matémonos...
D. TOR. Qué díablura!
Mire usted...
D. MIG. No miro nada.
D. TOR. Armas?
D. MIG. Esa está cargada
y esta tambien.
D. TOR. Criatura!...
¿Ha tirado usted al blanco
alguna vez?
D. MIG. No, señor;
pero...
D. TOR. Yo soy tirador:
se lo advierto á usted.
D. GIN. Es franco.
D. TOR. El partido no es igual.
Nadie autorizar querria
semejante alevosía.
D. MAU. De ningun modo.
D. GIN. No tal.
D. MIG. Á tres pasos, á uno quiero
dar ó recibir la muerte.
D. TOR. Pero...
D. MIG. Decida la suerte
quién ha de tirar primero.
D. TOR. Tan ciega y feroz venganza
nuestro siglo no consiente,
y sólo es buen expediente
para los duelos... de chanza.
Yo sé que el tiro no yerro
y matar no quiero á un loco,
pero no quiero tampoco
que me maten como á un perro.
D. MIG. Pues bien, consiento en batirme
como usted guste, y espero
que aquel será más certero

cuyo pulso esté más firme.

D. Tor. Al mio ninguno iguala.
(Mirando á la fachada de la quinta.)
Un cuadrante en la pared...
(Á D. Mauricio.)
La hora que me diga usted
marcaré con una bala.

D. Mau. Hola!...

D. Tor. Diga usted.

D. Gin. Me admiro...

D. Mau. Sea pues... la una.

D. Tor. Apunto.
(Aparece Inés por la puerta de la quinta, con el vestido que se probó en el acto primero.)

Ines. Voy...
(Dispara D. Torcuato, y queda taladrado el número uno del cuadrante.)
Cielos!
(Da algunos pasos hasta caer desmayada en el banco más inmediato.)

D. Mau. La una en punto!

Ines. Socorro!

Todos. Una dama!
(Acuden á sostener á Inés.)

Ben. (Apareciendo por entre los árboles.)
Un tiro!

ESCENA VIII.

INÉS. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO.

D. Mig. (Es Inés!)

D. Tor. Agua!

D. Gin. Está herida?

D. Mau. No. El tiro dió en el cuadrante.

Ben. (Adelantándose un poco.)
(Una mujer! No distingo...
¿Será... oh Dios!)

D. Mau. (Tomando el abanico que dejó caer Inés al desmayarse.)
La haremos aire.

(Abanicándola.)
Señora!...
D. GIN. Es la colegiala?
D. MIG. (¡Mal haya...) Sí.
D. TOR. (Botarate!)
D. MAU. Es deliciosa!
D. GIN. Divina!
BEN. (Acercándose más.)
(Tiemblo... Ella es!)
(Dando un grito y acercándose al banco.)
Vírgen del Cármen!
D. MIG. Quién llega? (Benito!)
BEN. Inés!
Bien mio!
D. MIG. (Eh! ya ha dado al traste
con todo.)
D. MAU. (Á D. Ginés con malicia.)
Inés?
BEN. Dulce esposa!
D. GIN. (Soltando la carcajada y tambien D. Mauricio.)
Su esposa! (Llega un criado con agua.)
D. MIG. (Á Benito en voz baja.)
Traidor! tunante!
BEN. Señor!... Ver esto, y callar,
no lo hace un caribe, un cafre.
Quién te ha muerto, prenda amada?
Inesita mia!...
D. MIG. Apártate!
No está herida.
INES. Ay!...
D. TOR. Ya respira.
(Toma un vaso de los que ha traido el criado, da de beber á Inés, lo vuelve á la bandeja, y el criado, despedido por una seña, se retira.)
Venga...
D. MIG. (Ap. á Benito, dándole un empellon.)
Me has perdido, infame!
INES. (Incorporándose.)
Dónde estoy?...
BEN. (Entre temeroso y enternecido.)
Inés!
INES. (Sin reflexionar.) Benito!

(Ah! don Miguel... Qué percance!
Recobrémonos.) (Levantándose.)
Señores...,
gracias por tantas bondades.
Aquella explosion... Los nervios...
Soy delicada, soy frágil...
Mas ya estoy restablecida.
(Mirando á D. Miguel)
(Hum, qué cara de vinagre!)

D. GIN. Mucho celebro, Inesita...

D MAU. Inesita? Disparate!
Esta es la linda Adelaida...

D. GIN. Sí, la de Uclés!

D. MIG. (¡Y no se abre
la tierra!...)

D. MAU. La hija adoptiva
de San Francisco de Sáles.

D. GIN. Trasportada entre los brazos
de otro Tenorio á este valle
de pecados y miserias.

INES. Caballeros!...

D. MAU. Y ¿quién sabe
si de otro Comendador
insultó la fria imágen,
y en nuevo festin horrible
como el de márras...

D. MIG. Dejadme
en paz.

D MAU. Sonará otro coro
de réprobos que le cante:
«¡No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague!»

D. MIG. Os he burlado. Esta niña...

INES. No concluya usted la frase.
Yo explicaré la charada
si estos *leones* con fraque
me lo permiten.—Señores,
don Miguelito es el diantre.

D. MIG. (Qué dirá?)

INES. Por un momento
ha querido chancearse
con ustedes; pero el chasco

no es, á fe mia, tan grave
como ustedes lo imaginan,
pues su objeto es prepararles
por este inocente medio
una sorpresa agradable.

D. GIN. ¡Cómo...

BEN. (¿Qué dice!)

D. MIG. (¿Qué intenta!)

INES. No está bien que yo me alabe,
pero creo que esta cara
no es del todo despreciable.

D. GIN. Qué ha de ser? Hum!...

BEN. (Coquetuela!
Me están temblando las carnes.)

INES. El nombre no hace á la cara;
verdad?, ni el hábito al fraile.

D. MAU. Ella en efecto es muy bella,
y que Adelaida se llame
ó Inés ¿qué importa?

BEN. Es que yo...

D. MIG. Cállate tú!

D. GIN. Por mi parte,
la hubiera aceptado á usted
sin vacilar un instante
para reina del banquete.

INES. Gracias.

BEN. (Cómo se relame!)

D. MAU. Y yo tambien.

INES. Muchas gracias:
son ustedes muy galantes.

D. MAU. Y usted ¿no aprueba...

D. TOR. Reservo
mi voto. Yo no soy nadie
aquí. El señor don Miguel
no ha querido convidarme...

D. MIG. (Entre dientes.)
Con rejalgar!

D. TOR. Fiero gesto
me pone! Espero, no obstante,
que hemos de ser muy amigos.

D. MIG. Hum!... jamás.

INES. Ustedes me hacen

un honor que no merezco;
pero tiene más quilates
el gusto de don Miguel.
¿Qué es entre oscuros celajes
tibia luna, comparada
con el astro rutilante
que da fragancia á las flores
y regocijo á las aves?
Precursora soy de un ídolo
más digno de sus altares.

D. MIG. (En voz baja.)
Qué dices! ¿De dónde ó cómo...

INES. Otra, que no yo, es el ángel
de este paraíso. Yo,
tosca piedra en rico engaste;
que á brazo partido riñen
mi condicion y mi traje,
pues soy portera de oficio
y señorita de lance;
resignada con mi suerte
y contenta con mi clase,
desciendo del alto trono
á que quisieron alzarme,
(Tomando el brazo á Benito.)
y á mi cochitril me vuelvo
con este mochuelo al márgen.

BEN. Cara Inés!... Pero el apodo...

INES. (En voz baja.)
Peor le mereces, bergante.
(En alta voz y soltando el brazo de Benito.)
Venid pues, señora mia.
¿Cómo amanece tan tarde
la aurora?
(Se siente abrir la puerta del pabellon.)
Mas ya sus dedos
de rosas y nardos abren
el camarin oriental...
(Sale Felisa del pabellon vestida con riqueza y elegancia y cubierta con un velo blanco: majestuosamente se dirige al centro del tablado, quedando á su derecha D. Torcuato y á su izquierda D. Miguel.)

D. GIN. Otra!

D. MAU. ¿Quién...
D. MIG. (¡Cómo...
INES. Ella es. Salve!

ESCENA XI.

DICHOS. FELISA.

FEL. (Conmovida estoy.)
BEN. (Á Inés.) Qué es esto?
D. GIN. Veamos la cara.
D. MAU. Que hable!
FEL. Ya que esa joven amable
quiere que ocupe su puesto,
con harta desconfianza
lo haré; que al suplir la suya,
quizá mi cara destruya
alguna dulce esperanza.
D. MIG. (Su voz... Qué me anuncia el alma?
Temo...)
FEL. Si soy tan fatal,
que á mi donosa rival
disputo en vano la palma;
si cuando el velo me quite,
quizá para mi mancilla,
el amor propio se humilla
del que en su casa me admite;
si sus amigos, en fin,
burlados en la consigna,
no me consideran digna
de reinar en el festin;
al ménos en la humildad
con que mi sentencia espero,
dar un testimonio quiero
de mi buena voluntad;
al ménos podrá decir
don Miguel: «Buenas ó malas,
porteras ó colegialas,
tengo dos en que elegir»;
y si triunfa otra princesa
y yo quedo destronada,
recogeré resignada

las migajas de la mesa.

D. GIN. (Aparte á D. Mauricio.)
Tendrémos otra engañifa?...

D. MIG. Señora!...

FEL. Alzo pues el velo.
(Se descubre.)

D. MIG. Ah!

D. GIN. La del retrato!

D. MIG. Oh cielo!

BEN. (Á Inés.)
¿Quién...

INES. Calla!

D. MAU. La de la rifa!

D. MIG. Ángel mio! Yo me postro...
á tus piés...

FEL. (Deteniéndole.) No lo permito.

D. MIG. El perdon de mi delito
leo en tu divino rostro.

FEL. Sí, señor; Dios me lo manda;
que al fin como otro cualquiera
es prójimo un calavera
y mi condicion muy blanda.

D. MIG. Ah! ¿Y tan dichoso soy yo
que, á pesar de que la injurio,
honra usted este tugurio...
y mi mesa...

FEL. Por qué no?

D. MAU. (Aparte con D. Ginés.)
¿Qué opinas tú...

D. GIN. Es singular...

FEL. Debo suponer, y espero
que tan fino caballero
me dará bien de almorzar.

D. MIG. Si hay aquí alguna asechanza,
alguna burla traidora,
confiéseme usted, señora,
que es muy cruel su venganza.

FEL. No, que el cubierto de Inés
acepto con mucho gusto.

INES. Y yo á servirla me ajusto
con noble desinteres.

FEL. Haré mas.

BEN. (Qué desenfado!)
FEL. Si no le incomoda á usté...
D. MIG. ¡Jesus...
FEL. Le presentaré
de mi parte un convidado.
D. MIG. Traiga usted al orbe entero.
Todo lo pongo á esos piés,
hacienda, vida... ¿Quién es,
señora...
FEL. (Mostrando á D. Torcuato.)
Este caballero.
D. MIG. Él!
D. MAU. Bien por Dios!
D. MIG. Ese impío!
Me es muy duro, á la verdad,
contrariar la voluntad
de quien reina en mi albedrío;
pero ese hombre...
FEL. Eh?
D. MIG. No ha lugar.—
Perdone usted!...
FEL. Qué galante!
D. MIG. ¿Sabe usted que hace un instante
nos íbamos á matar?
¿Sabe usted—sangre!, exterminio!—
que el retrato...
FEL. Lo sé todo.
Ya es suyo, y en cierto modo
estoy bajo su dominio.
D. MIG. Señora!... Yo... Suerte ingrata!
D. MAU. (Aparte con D. Ginés.)
Bien dije que habia duende...
FEL. Si perdono á quien me vende,
qué haré con quien me rescata?
D. MIG. Perdon! piedad! En mal hora...
BEN. (Á Inés.)
Cómo saldrá de esta red?
D. MIG. ¿Ha de responder usted
de mis locuras, señora?
FEL. Yo...
D. MIG. La posesion, casual,
de un retrato en miniatura

¿da derecho por ventura
á la del original?

FEL. No siempre: hoy sí.

D. MIG. ¡Es fuerte cosa...
Habla usted...

INES. (Ahora le clava.)

D. MIG. Como si fuese su esclava.

FEL. Poco ménos. Soy su esposa.

D. MAU. Calle!

D. MIG. Oh Dios!

BEN. Ahora comprendo...

D. MIG. ¿Y así, con esa frescura
lo dice usted! Oh tortura!
(Á D. Torcuato.)
Es cierto?

D. TOR. Sí.

D. MIG. Esto es horrendo!
¿Conque no sólo la imágen
me usurpa, ¡oh Dios verdadero!,
sino tambien... No! Primero
consentiré que me sajen.

FEL. Ba! ¿está usted dado al demonio,
don Miguel?

D. MIG. Creo que sí.

FEL. ¿Se rompe así como así
el yugo del matrimonio?

D. MIG. Oh! pese al marido, al suegro,
al cura y al sacristan,
siempre con el mismo afan
la amaré á usted.

FEL. Sí? Me alegro.

D. MIG. (Con fatuidad.)
¡Cómo... ¿Usted... Dios infinito!...
¿De véras...

FEL. Sí.

D. MIG. ¿Conque...

FEL. Amén.
¿Cómo no, si yo tambien
le quiero á usted...

D. MIG. Sí?

FEL. Un poquito.

D. MIG. (Receloso.)

Pero otro es dueño... Y yo... Cuando...

FEL. Mi marido no se agravia...

D. MIG. (Con irreflexion.)
No? Bravo!

D. MAU. (Aparte á D. Ginés.)
Ó yo estoy en babia,
ó le están *mistificando*.

D. MIG. Si el editor responsable
sufre...

D. TOR. No soy egoista.
Yo...

D. MIG. Aplaudo!
(Á D. Mauricio á media voz.)
Uno más en lista.
Magnífico!

D. TOR. (Con indignacion.) Miserable!

D. MIG. Qué oigo!

D. TOR. Ya te conducia
al puerto de salvacion
la voz de tu corazon,
sano quizá todavía;
y otra vez, culpable error!
vuelve á tus ojos la venda
que te aparta de la senda
de la virtud y el honor;
y con nécio fanatismo
torpeza á torpeza añades,
é hipócrita de maldades
te calumnias á ti mismo.
¿Qué has visto en mí que confirme
tu audacia? Pesia Luzbel!,
¿cuadra á mi rostro el papel
que osabas atribuirme?
Y al ver, oh Dios! el encanto
de criatura tan bella,
¿qué puedes inferir de ella
que no sea noble y santo?
Con inocente misterio
á prueba puso, es verdad,
tu insolente vanidad
y tu menguado criterio;
pero ¿tanto perturbó

tu cerebro Belcebú,
ó tan reñido estás tú
con las gentes de honra y pro,
que ya aspirar no te es dado,
envilecido y abyecto,
á merecer un afecto
puro y desinteresado?

D. MIG. Hombre á quien ya reverencio,
por más que á mi orgullo pese,
quién eres?

BEN. (Á Inés aparte.)
Si yo dijese
una palabra...

INES. Silencio!

D. TOR. Si la pretendida gloria
que te lleva al precipicio,
sobre trastornarte el juicio
te ha embargado la memoria,
de ti ya no espero nada,
ni diré que te extravía
vergonzosa hipocresía,
sino maldad declarada.

D. MIG. ¡Qué luz... Oh Dios! Sólo un hombre
tiene para hablarme así
derecho.

BEN. (Sin poderse contener.)
Ánimo!

D. MIG. Él es, sí!
Don Torcuato!

D. TOR. Ese es mi nombre—,
con licencia de Benito.

D. MIG. (En ademan de querer arrodillarse.).
Ah, señor!

D. TOR. (Deteniéndole.) Quieto!

D. MIG. Perdon!...
Pero ella... Ah! mi corazon...

FEL. No te engaña. Oye su grito!

D. MIG. Hermana!

FEL. Miguel!

D. MIG. Felisa!

FEL. Ven á mis brazos!

D. TOR. (Interponiéndose.) No quiero!

(Á D. Miguel.)
Arrodíllate primero
y besa el polvo que pisa.

D. MIG. (De rodillas.)
Sí. Oh ceguedad! oh rubor!

FEL. Mas, bañada en dulce llanto,
yo á mis brazos te levanto...
(Lo hace.)
quiera ó no quiera el tutor.

D. MAU. (Aparte con D. Ginés.)
Su hermana!

D. GIN. Qué peripecia!

D. TOR. No me abraza á mí el rapaz?

D. MIG. (Abrazando á D. Torcuato.)
Ah!

D. TOR. Luzca el íris de paz
tras de borrasca tan recia.

D. MIG. Perdona, Felisa amada;
pero te dejé tan niña...
Y la ausencia...
(Mirando á D. Torcuato.)
Y nuestra riña...
Y ocultarme tu llegada...

FEL. Harto mi tormento fué
en ocultar todo un dia
el gozo...

D. MIG. ¡Era hermana mia
la que mi dama juzgué!

D. TOR. De paciencia tan cristiana,
de fe tan ardiente y pura,
sólo es capaz la ternura
de una madre ó de una hermana.

FEL. Yo cumplo al fin con Miguel
una obligacion sagrada;
pero, sin deberle nada,
qué no ha hecho usted por él!

D. GIN. Perseguirle sin cesar...

D. MAU. Tratarle á lo somaten...

INES. Dice el adagio: el que bien
te quiera te hará llorar.

D. MAU. Ba! ¡dejarle en dos albures
sin un cuarto...

D. GIN. Buena es esa!
D. TOR. Qué dolor! ¡robar su presa
á tan amables tahures!
D. MAU. (Diablo!) Siendo la intencion
sana..., aunque el acto es cruel...
D. TOR. Me basta á mí que Miguel
aproveche la leccion;
mas si lo desea alguno,
entrarémos en materia,
y todo saldrá á la féria.
D. MAU. No. ¿Á qué fin...
D. GIN. No es oportuno...
D. MAU. Ha sido chanza...
D. TOR. No obstante,
apunte usted en su archivo
lo que hago con el recibo,
(Lo saca y lo rompe.)
y lo que hice en el cuadrante.
D. MAU. (Zape!)
D. MIG. Ah señor!
(Le besa afectuosamente la mano.)
D. GIN. (Mirando al cuadrante.)
(La una en punto!)
(Aparte á D. Mauricio.)
Qué frio es este jardin!
D. MAU. Las apariencias... En fin,
no se hable más del asunto;
y pues él se reconcilia
con usted...
D. MIG. Son de mal tono
en su prosaico abandono
las escenas de familia.
Yo os llamé para una fiesta
que se ha quedado en proyecto,
y así...
D. GIN. Entiendo.
D. MAU. Con efecto,
nuestra atmósfera no es esta.
(Saludando.)
Señorita...!
D. GIN. Muy rendido
servidor...

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.
Madrid 5 *de Noviembre de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Pase al Sr. vocal D. ... Gómez Sierra para que se sirva emitir su dictamen.
Madrid Oct. 4 de 18[illegible]

[illegible]

Sr. Gobernador
Cumpliendo con lo manda[do] he leido detenidamente la comedia en tres actos y en verso original de D. Manuel Breton de Herreros, intitulada "La M[illegible]ereria del vino" y no encuentro inconveniente alguno [en] su representacion suprimiendo la cuarteta q. va subraya[da]

en la página 45 y las estro
fas encerradas entre los p
réntesis en las páginas 5
y 53; pues aunq. las fras
q. deben suprimirse por el
sentido inmoral q. contie
nen, no se encuentran e
todas ellas, se hace preciso,
para no truncarlo, era
completa supresion.

Con el requisito expres
do creo q. V.E. puede concede
su superior permiso para
dicha representacion

Mexº Obre. 5 de 1860.

Tomas Sierra
y Rosso

México Octubre — 10

